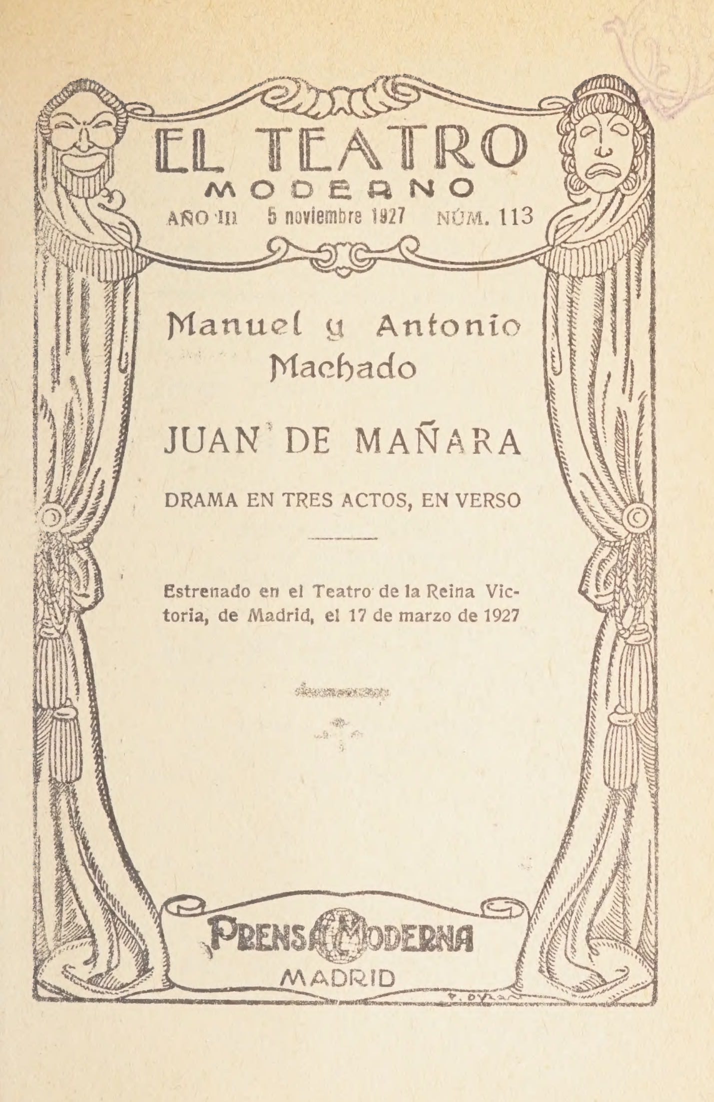

EL TEATRO
MODERNO
MANVEL
Y·ANTONIO
MACHADO
LOYGORRI
JVAN·DE
MAÑARA



EL TEATRO MODERNO

AÑO III 5 noviembre 1927 NÚM. 113

Manuel y Antonio Machado

JUAN DE MAÑARA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

Estrenado en el Teatro de la Reina Victoria, de Madrid, el 17 de marzo de 1927

PRENSA MODERNA
MADRID

A Josefina Díaz de Artigas,

A Santiago Artigas,

"creadores" admirables de Beatriz de Montiel y Juan de Mañara.

Cordialmente,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Beatriz de Montiel	*Josefina Díaz de Artigas.*
Elvira	*Monserrate Blanch.*
Doña Casilda	*Elena Rodríguez.*
Juan de Mañara y Montiel	*Santiago Artigas.*
Don Gonzalo de Montiel	*Fulgencio Nogueras.*
Esteban Larios	*Manuel Díaz González.*
Don Gil, sacerdote	*José Trescoli.*
Pedro, jardinero	*Rafael Ragel.*
Un pobre	*Manuel Dicenta.*
Pablo, criado	*Aniceto Alemán.*
Mujer 1.ª	*Eulalia Blanch.*
Idem 2.ª	*Conchita Ajenjo.*
Idem 3.ª	*Elisa Hernández.*
Hombre 1.º	*Rafael Acevedo.*
Idem 2.º	*Enrique Alvarez.*

Hombres y mujeres del pueblo de Sevilla.

ACTO PRIMERO

Jardín de una finca de los alrededores de Sevilla.

ESCENA I

Don Gonzalo, Don Gil y Doña Casilda.

GIL. La vocación religiosa
es rara. Cuando la Iglesia
de una piedad desconfía,
que al vulgo asombra, da prueba
de cordura. Pocos nacen
para la vida perfecta
del claustro. Y a la mujer,
que un mundo entrevisto apenas
quiere renunciar, conviene
enseñarle cuantas sendas
son de Dios, que a nadie obliga
a seguir la más estrecha.

GONZA. Don Gil, conozco a mi sangre:
monjitas y calaveras.
Ya sabe usted que tenemos
los cascos a la jineta
los varones de mi casa,
y ellas—Dios las oiga—rezan
para que Dios nos perdone.
Por cada Montiel tronera,
hay una Montiel que gana
el cielo, o ganarlo intenta.
Mas siempre por el atajo
vamos nosotros y ellas.

CASIL. Cúmplase la voluntad
de Dios. Sí, Beatriz nos deja;
la llama el claustro; parece
su vocación verdadera.
¿Usted lo duda?

GIL. ¡Dudarlo!...
Sólo aconsejar prudencia
es en asunto tan grave
mi deber.

GONZA. ¡Santa cautela!
Don Gil habla como deben
hablar los libros. Mi ciencia
es saber que no se rige
el mundo por las cabezas.
La mía no me ha servido
de mucho.

GIL. Quien lo confiesa
camino va de emplearla
para bien.

GONZA. Hoy, que blanquea,
veleta fuiste, le digo,
con perdón de las veletas,
que al fin señalan el viento
que sopla, y tú ni siquiera
eso hiciste. Pero vamos
con Beatriz: Beatriz es buena;
educada santamente
por esta santa
(Señalando a doña Casilda.)
—¡protestas
no permito, hermana mía!—,
la vida devota lleva
con el afán que su padre
tuvo por las bagatelas
del mundo. De mí ha heredado,
ya que no virtud, vehemencia;
temor de Dios, de mi pobre
Angustias, que gloria tenga.
Su vocación religiosa,
o mística ventolera.
yo respeto. ¿Quiere ser
monjita? ¡Bendita sea!...
Seguirá las tradiciones
de la casa, sor Teresa,
su tía, mi hermana, en Soria
carmelita; sor Lorenza,

mi otra hermana, capuchina
en Navarra, hoy abadesa;
sor María de los Angeles,
mi prima, ¡qué linda era!,
monjita de Santa Clara
no sé dónde; sor Aurelia,
sobrina mía, ¡un asombro
por lo juncal!, en Sigüenza
dominica, y tantas otras...
Vaya mi niña con ellas.
(Pausa.)
¡Sor Beatriz!, qué lindo nombre
para una monja.
(Pausa.)
¿Y Esteban?

CASIL. Esteban...

GONZA. Comprenderás
que mi pregunta no lleva
malicia.

CASIL. ¡Oh, no!... Resignado.

GONZA. Otro santo, a su manera.
Le quiero bien, aunque no
lo entienda siempre. Poeta,
pintor, tan enamorado
de Beatriz y... ¡tan babieca!

CASIL. ¡Pobre muchacho!

GONZA. Un bendito;
también le sobra la tierra.
Mas no es el claustro, es la luna
quien lo llama. Yo le diera
a nuestra Beatriz, mas santo
y santa no hacen pareja
ni en matrimonio; son pan
con pan, de bobos merienda.
En esto del santo yugo
tengo también mis ideas,
don Gil.

GIL. Que serán donosas,
como de usted.

CASIL. Si pudieras

dejarlas para otro día...
Vamos a lo que interesa.

GONZA. Nuestra Beatriz será esposa
del Señor; no habrá quien tuerza
su inclinación, porque ya
el hombre que ella pudiera
amar no se estila o no
es fácil que ella lo vea
en su mundo. Dios me libre
de calumniar a esta nueva
generación, pero creo
que a mi niña no le inquietan
esos pisaverdes que
tozudamente acocean
el pelotón, o que danzan
al son de esas murgas negras
que hoy se gastan. No es galante
la juventud: es atlética,
gimnástica, deportiva.
Ya no es la mujer su tema,
como en mis tiempos. En cambio,
los viejos aun galantean,
y así, el amor es ya cosa
de viejos, sosa o perversa.
¿Qué piensa usted?

GIL. Don Gonzalo,
bajo múltiple apariencia,
los enemigos del alma
son hoy los tres que ayer eran.

GONZA. Convencido y aplastado,
don Gil, por esa sentencia.
(Pausa.)
¿Y mi sobrino?

CASIL. ¿Quién?

GONZA. Juan.

CASIL. Hoy ha de venir. De él cuentan
y no acaban. Ahora dicen
que vende toda su hacienda
de Sevilla y de Sanlúcar
y se va a París.

GONZA. ¿Con ella?

CASIL. ¿Con quién? ¿Con Elvira?
GONZA. No...
con la última que tenga.
De cuanto el vulgo propala,
sólo es verdad que la venta
me hace de Los Espartales;
y de cuanto se chismea,
que Elvira, su antigua novia,
o su antigua lo que fuera,
vive en Sevilla, casada,
y por Sevilla pasea
a un polaco, su marido,
y a un perro de fosca greña;
y en coche, a pie o a caballo
la ha visto Sevilla entera.
(Pausa.)
CASIL. ¿La sigue Juan?
GONZA. No lo creo;
acaso ni la recuerda.
Juan es de mi casta, mi
sobrino por excelencia.
Su padre, mi primo, tuvo
un harén en la bodega
de su casa, y le decían:
Don Enrique, "in vino, veritas".
¿Qué piensa usted?
GIL. Don Enrique
murió en Sevilla, de vuelta
de Roma, y arrepentido
de sus locuras.
CASIL. Clemencia
tendría Dios de su alma.
GONZA. Sin duda. Mas Juan no lleva
camino de arrepentirse.
Verdad que aun tiempo le queda.
(Aparece Esteban en el jardín por el primer rompimiento de la izquierda, senda que figura comunicar con la puerta principal de la verja. Al verle don Gonzalo, exclama:)
Pintorcito, ¡Dios te guarde!

ESCENA II

Dichos. Esteban, con un caballete de mano y una caja de pinturas, que abre a su tiempo, sacando de ella una tabla, con el busto del retrato de Beatriz.

CASIL. Esteban...
GONZA. *(A don Gil, por Esteban.)*
Mejor paleta
no hay en Sevilla.
ESTE. Señora...
Don Gil... Don Gonzalo...
GONZA. *(A Esteban.)*
Enseña
ese portento.
ESTE. ¡Portento...
un borrón!
GONZA. No es la modestia
virtud de pintor. Veamos.
ESTE. ¿No hay otro remedio? Sea.
(Muestra el retrato borrado.)
GONZA. ¡Pintorcito, tú estás loco!
CASIL. ¿Qué ha hecho usted, querido Esteban,
de nuestra Beatriz?
ESTE. Borrarla.
GIL. ¡Borrar una obra maestra!
ESTE. No, don Gil, un mal retrato.
Nada hay perdido si ella
quiere hoy posar; todavía
queda luz.
GONZA. Mas la paciencia
del modelo...
ESTE. Don Gonzalo,
si hoy, al mirarla, no veo
lo que quiero ver, renuncio
a pintar.
GONZA. ¿Por mucho tiempo?
ESTE. Para siempre. Hoy he soñado
con el retrato. Del lienzo
salir quería y gritaba:
¡Mal pintor, cómo me has hecho!

Toda obra mala reniega
de su autor.

CASIL. Siempre el maestro
desconfía.

GONZA. Sobre todo
si aplaude el vulgo.

ESTE. No es eso,
don Gonzalo; en esta casa
nadie es vulgo; y yo agradezco
su elogio de mi pintura.
Pero un retrato no es bueno,
aunque aplauda el sabio, si
no es trasunto del modelo.
¿Qué es un retrato? Es un rostro
pintado que largo tiempo
mirará con ojos que
no parpadean, y, abiertos
o entornados, seguirán
mirando, vivos y quietos,
a otros ojos cuando no
los puedan mirar los nuestros.
Los ojos han de tener,
no como dicen misterio,
sino verdad. Enfoscados
bajo de turbio entrecejo,
o bajo frente tranquila,
dulces, claros y serenos,
los ojos en un retrato
no pueden ya ser espejos
del mundo en que los miramos,
mas del mundo que ellos vieron.
Importa, cuando unos ojos
han de quedar en el lienzo
para siempre, que nos digan
a quién de cerca o de lejos
gustan de mirar, cuál fué
su paisaje predilecto,
y quién—puesto que ellos dicen
un diálogo secreto
de alguien con algo o con alguien—
quién es el otro para ellos.

De los ojos de Beatriz
no soy yo, y harto lo siento;
mas como Beatriz nos deja
a todos, no son mis celos
ni mi amor ya de este mundo,
sino del suyo. Por eso,
en el óvalo de rosa
de su rostro dos luceros
quise pintar extasiados,
mirando al galán perfecto.
Mas, ¡ay!...

GONZA. Mas, ¡ay!... que estás loco.

ESTE. Puede ser.

GONZA. Como un cencerro,
pintorcito. Si Velázquez
oye lo que estás diciendo,
baja a este mundo y te rompe
las costillas con el tiento.
Don Gil, el mundo se acaba.
Así decían los viejos
de mi tiempo, siempre que
escuchaban algo nuevo.
Pero prosigue. Quedaste
en ¡ay!, si mal no recuerdo.

ESTE. Mas, ¡ay!, que esos ojos no
son los de Beatriz; lo veo
claro al recordar el rostro
pintado y el del modelo.
Por eso...

ESCENA III

Dichos. Juan, con traje de cazador, y su escopeta.

JUAN. No es necesario
anuncio en jardín abierto.
Tíos, salud. Al pintor,
gloria; don Gil, mis respetos.

CASIL. ¡Juan, sobrino!...

GONZA. *(Abrazándole.)*
¡Ah, descastado!

GIL. Don Juan de Mañara, espejo
de cazadores.

ESTE. Con ese
atavío cinegético,
cuando quieras te retrato.
(Esteban se aparta del grupo y prepara su caballete.)

GONZA. Calle el emborrona lienzos.
¿Vienes de Los Espartales,
nuevo Nemrod?

JUAN. *(Dejando la escopeta arrimada a un árbol, a la derecha, junto a la casa.)*
De allí vengo,
tío. Para despedirme
de mi finca, de paseo
salí esta mañana con
caballo, escopeta y perro.
No he cazado, pero he visto
mis campos, hoy que los pierdo.

GONZA. Porque los vendes, diablo.

JUAN. Es verdad, porque los vendo.

GONZA. Mas finca que yo te compro
no tendrá muy alto cerco
para ti.

JUAN. No. Gracias, tío.
Pero usted sabe que pienso
marcharme.

GONZA. ¿Adónde?

JUAN. Aun no sé.
Anclado en el río tengo
mi yate. Estaré en Sanlúcar
para vender mis viñedos
—si hallo comprador—mañana.

GONZA. Diablos, ¿cuánto dinero
necesitas?

JUAN. Mucho y todo
para gastarlo y perderlo.
(Le miran con asombro.)
Viendo esta mañana el río
entre tarayes y adelfos
correr hacia el mar, cruzando

dehesas y cazaderos,
por estos campos de lujo,
ancho, inútil y sereno,
pensé en mi vida. Hacia el mar
mis horas ociosas llevo
de señorito andaluz
rico, galán y torero,
alegre, porque lo dicen,
cazador que tira al vuelo
o al paso, no mal jinete,
buen bebedor y maestro
en el arte de pasar
la vida y matar el tiempo,
mimado de la fortuna
como estos campos me hicieron.
(Pausa.)
No me duele ser quien soy,
ni hay en mí remordimientos
como en mi padre; mi padre
creía, yo apenas creo...
Pero acelerar quisiera
mi destino

CASIL. ¡Santo cielo!
Perdiste el juicio.

JUAN. Mi vida,
¡camina a compás tan lento!
Quiero arrancar las raíces
que me afincan a este suelo
para correr como el río,
y más de prisa y más lejos...

GONZA. Don Gil: varón de mi casta,
(Señalando a Juan.)
por el atajo al infierno
se nos quiere ir.

JUAN. ¡Quién sabe!

GIL. Siempre se ha dicho que el "taedium
vitae" es anuncio, si no
señal de arrepentimiento,
don Juan...

ESCENA IV

Dichos. Beatriz, con hábito morado.

GONZA. Beatriz, hija mía,
mira a quién tienes aquí
(Por Juan.)
hace rato y todavía
no ha preguntado por ti.
BEATR. ¡Juan!...
JUAN. Primita...
GIL. Dios te guarde,
Beatriz.
CASIL. Sobrina...
(Señalando a don Gil.)
BEATR. Señor
Deán...
ESTE. *(Aparte.)*
El jardín, la tarde,
la monja y el cazador...
JUAN. *(A Beatriz.)*
¿Te acuerdas de mí? ¿He cambiado
mucho?
BEATR. Mucho, no... algo, sí;
(Emocionada, se le cae el rosario y juan lo recoge y se lo da.)
¡oh, gracias!... Como han pasado
diez años...
JUAN. Cuando te vi
la última vez corrías,
la larga trenza a la espalda,
por este jardín; lucías
larga trenza y corta falda.
Hoy, con hábito morado
y el cabello recogido...
¿Cómo no te lo has cortado
a lo "garçon"?
BEATR. No he querido.
JUAN. ¿Por qué?
BEATR. Porque soy mujer.
JUAN. Bien, primita.

BEATR. Y además,
porque no me gusta hacer
nada a medias. Ya sabrás
que todo habrá de caer.
JUAN. Así me gustas: valiente.
BEATR. Para Dios serlo deseo.
ESTE. Bien dicho.
BEATR. *(Reparando en él.)*
Esteban...
ESTE. Presente.
BEATR. No te había visto.
ESTE. Lo creo.
JUAN. Beatriz, ¿nos hará el pintor
tu retrato?
BEATR. En ello está.
JUAN. Que sea tu obra mejor,
Esteban,
ESTE. Se intentará.
JUAN. Y a ti, prima, que Dios quiera
hacerte una santa.
GONZA. Y vamos
a lo nuestro, gran tronera.
JUAN. Vamos, tío.
GONZA. Aquí dejamos
al pintor con su modelo
apurar la luz del día,
mientras de cosas del cielo
hablan don Gil y tu tía.
(Aparte a Juan.)
Y eso contigo no va.
JUAN. *(Aparte a don Gonzalo.)*
Ni con usted.
GONZA. *(Aparte a Juan.)*
Gran bribón.
GIL. Yo también, que mi hora es ya,
me despido; a la oración
quisiera estar en Sevilla,
GONZA. Adiós, don Gil.
GIL. *(Al pintor.)*
Que admiremos,
pintor, esa maravilla.

(A Juan.)
Y a usted, por si no nos vemos,
que sea el viaje feliz,
adonde sea.

JUAN. Gracias. Ahora
no sé si será...

GIL. Beatriz,
(A doña Casilda.)
hasta pronto. Adiós, señora.
(Todos acompañan a don Gil—menos el pintor—hacia la puerta. Don Gonzalo y Juan se van hacia la casa. Beatriz y el pintor, hacia donde está el caballete. Doña Casilda va también hacia ellos, pero don Gonzalo la llama con un gesto, dándole a entender que deje solos al pintor y a su modelo.)

ESCENA V

Beatriz y *Esteban.* Después, *Juan.*

ESTE. ¿Hoy no posamos?
BEATR. Sí, sí.
ESTE. Un momento...
BEATR. Lo que quieras.
ESTE. Queda apenas luz.
BEATR. ¿A ti
te parece?
(Se sienta en la silla y compone sus cabellos, adoptando la "pose" conveniente.)
¿Así...? ¿Qué esperas?
ESTE. Hoy eres otra.
BEATR. ¿Mejor
o peor?
ESTE. No sé... Esos rojos
de los labios... y en los ojos
una vida...
BEATR. ¿Sí?
ESTE. Un fulgor
imposible de copiar.
Mírame.

(Beatriz lo mira.)
No... Es un matiz...
¡Ay! ¡Quién te hiciera brillar
así los ojos, Beatriz!

BEATR. Calla y pinta, que ya está...

ESTE. *(Aparte.)*
¡Y es ella!...

BEATR. Yéndose el día.

ESTE. Hoy al verte se diría
que viene, no que se va.

BEATR. ¿Quién?

ESTE. Nadie. Un momento quieta.
Mira adonde antes. Así.
(Pintando.)
¿Qué mirabas?

BEATR. La escopeta
que Juan se ha dejado ahí.

ESTE. ¿Juan?

BEATR. Mi primo.

ESTE. Sí; ya, ya...
¿Cuánto va que no le viste?

BEATR. Diez años.

ESTE. ¿Lo conociste
en seguida?

BEATR. ¡Claro está!

ESTE. Por Sevilla hace que andaba
varios días.

BEATR. Lo sabía
y creí que no vendría
hasta ayer. Pero hoy me daba
el corazón que venía.

ESTE. *(Dejando de pintar un momento.)*
¿El corazón?

BEATR. Es un modo
de decir... No sé por qué...
Vamos... yo me figuré...

ESTE. Está bien... Después de todo...
(Vuelve a su pintura, que no deja mientras sigue hablando con Beatriz.)

BEATR. Muy equivocado estás
si piensas...

ESTE. No pienso; veo.
BEATR. ¿Pero tú crees?
ESTE. Yo creo
en todo y en algo más.
BEATR. Pero si él no se ha acordado
de mí nunca. Si ahora viene
a su negocio. Si tiene
que irse mañana o pasado,
y no habrá tiempo de hablar
dos palabras; si él desdeña
pararse.
ESTE. El ave rafeña
nunca pasa sin robar.
BEATR. ¿Y es tan loco?
ESTE. Yo no sé...
BEATR. ¿Qué piensas de él?
ESTE. Que en su cara,
más que el don Juan, el Mañara
de su apellido se ve.
BEATR. Pero Mañara fué un santo.
ESTE. Después de ser el tronera
mayor de Sevilla entera.
Así tu primo...
BEATR. No tanto.
Y oye: de aquella muchacha
con quien él huyó de aquí
¿no dice nada?
ESTE. No. Si
aquello empezó una racha
de aventuras, que, después,
ni se han podido contar.
BEATR. ¿Pero él la raptó?
ESTE. Raptar...
o ser raptado, igual es.
Fué aquélla... la iniciadora
del camino que el destino
le marcó... Pasó su hora
y se quedó en el camino.
(Aparece Juan en la puerta de la casa haciendo señas a Beatriz de que guarde silencio, y se va acercando de puntillas a ver el retrato por

detrás de Esteban, que, abstraído en la contemplación de Beatriz, no nota su presencia hasta que le oye hablar.)
¡Quién sabe!

BEATR. Yo...

ESTE. Por favor,
quieta un instante, no más.
Así. No te vi jamás
tan hermosa; el resplandor
de tus ojos ¡cómo brilla!
Si yo logro ser tan diestro
que acierte...
(Se inclina al cuadro y pinta con afán, sin dejar de mirar los ojos de Beatriz.)

JUAN. *(Admirado de la pintura y poniendo una mano en el hombro de Esteban.)*
Bravo. Maestro,
el toque es de maravilla,
definitivo.

ESTE. *(Volviéndose a Juan, sorprendido y desencantado. Ha comprendido lo que brillaba en los ojos de Beatriz.)*
Es verdad,
definitivo... y me voy.
(Deja de pintar y se levanta.)

JUAN. Sigue, sigue.

ESTE. *(Recogiendo sus bártulos.)*
No. Por hoy
se acabó. Con Dios quedad,
Beatriz, Juan.

JUAN. Adiós, pintor.

ESTE. Cazador, adiós.
(Vase por la primera senda de la izquierda.)

ESCENA VI

Beatriz y Juan.

(Después de contemplar un momento a Esteban, que se aleja.)

JUAN Ingrata...

BEATR. ¡Yo, ingrata!
JUAN. Con tu amador,
que en su pintura retrata
sus celos con tal fervor.
BEATR. ¿Celos dices?
JUAN. Sí.
BEATR. ¡Locura!
JUAN. De Aquel por quien tú nos dejas
y ha de guardar tu hermosura
bajo tocas y entre rejas.
Yo, también enamorado
y celoso...
BEATR. Pronto fué.
JUAN. ¿Pues cuándo ha necesitado
amor del tiempo?
BEATR. No sé.
JUAN. Yo sí: por la vez primera.
BEATR. No pregona eso de ti
la fama.
JUAN. ¡Gran embustera!
No queriendo, conseguí,
Beatriz, que se me quisiera.
Pero yo nunca he sentido
amor.
BEATR. *(En tono de broma.)*
¿Y ellas? ¡Oh dolor!...
JUAN. Ellas felices han sido.
BEATR. *(En el mismo tono.)*
¿Dónde hay tormento mayor
que en querer sin ser querido?
JUAN. ¿Dónde? En no poder amar.
¿Dónde? En no saber sentir;
en no darse, en no adorar,
en ver sufrir y gozar
sin gozar y sin sufrir.
En que se vaya el momento
que eterno ha podido ser,
dejando en labio sediento...
Y peor en no tener
sed. Ese sí que es tormento.
BEATR. Pretencioso...

JUAN. *(Negando con el gesto.)*
¡Ah! Perseguí
el amor en los amores;
pero esa flor de las flores
no me ha nacido... ¡Ni a ti!
¡Juntemos nuestros dolores!
¿Quieres?

BEATR. No tengo dolor
ni sé de otro amor mejor
que el de Dios.

JUAN. Ese es piedad.
Para el hombre...

BEATR. Caridad.

JUAN. No hay caridad sin amor.

BEATR. Me voy...

JUAN. Es claro...

BEATR. ¿Por qué?

JUAN. Comienzas a tener miedo,
nena.

BEATR. ¿Yo miedo?

JUAN. Se ve.

BEATR. ¿De qué?

JUAN. Yo mismo no sé.
De mí. De ti...

BEATR. Pues me quedo.

JUAN. Fué broma...

BEATR. ¡Me quedo!

JUAN. ¡Así!
Venga esa mano.

BEATR. Aquí está.

JUAN. *(Acercándosele.)*
Beatriz...

BEATR. Juan...

JUAN. Escucha.

BEATR. Dí.

JUAN. ¿Te acuerdas, primita?

BEATR. ¡Bah!...
¿pero tú te acuerdas?

JUAN. Sí.
Y tú también. No fué nada
y lo fué todo. Caía

la tarde y la sombra hacía
de la próxima enjarada
un bosque de fantasía.
Aquel jardín, tan sabido
de nosotros, un momento
se nos mostró convertido
en otro, y como perdido
en un paisaje de cuento.
Y echamos a discurrir
de la mano hasta salir
al campo. ¿Hacia dónde?... No
lo podríamos decir
entonces ni tú ni yo.
Ibamos a la ventura.
Pero en nosotros habia
una orientación segura.
Nuestro corazón seguía
la senda de la ternura.

BEATR. Por entonces yo tenía
diez años.

JUAN. Yo, quince. Y
¿recuerdas, primita mía,
lo que pasó?

BEATR. ¡No!...

JUAN. Yo sí.

BEATR. ¡Pues no lo digas!

JUAN. ¿Sería
pecado, acaso?

BEATR. Mortal.

JUAN. Un beso puro, ideal...

BEATR. Calla.

JUAN. Dos niños...

BEATR. No es eso.
El mal...

JUAN. ¡Ah, vamos!, el mal
está en recordar el beso.
¿Verdad? Y tú lo has recordado.

BEATR. ¡Calla!

JUAN. Y lo habrás confesado
mil veces. Escucha, ven.
Pues no era mal, era bien,

y era amor, no era pecado.
Era que Dios no quería,
mi bien, que le devolvieras
la hermosura y la alegría
que El te dió, para que hicieras
de ellas tu gloria ¡y la mía!
¡Cómo te voy a querer!
Y tú a mí.

BEATR. ¿Quién va a creer
al hombre que tantas quiso?

JUAN. Ensayar era preciso,
chiquilla, para saber.
¿No?

BEATR. ¡Tú sabes demasiado!

JUAN. Nada... si tú no me quieres...

BEATR. ¿A cuántas has engañado?

JUAN. A ninguna. Yo he buscado
la mujer en las mujeres;
hasta que al fin la encontré.

BEATR. ¿Dónde la encontraste?

JUAN. Aquí.
¡Si estaba junto de mí
lo que tan lejos busqué!...

BEATR. No mientas. De aquí saliste
por causa de una aventura
amorosa.

JUAN. ¿Tú supiste?

BEATR. Todo. Y que después seguiste
una senda de locura.
Y aunque jamás escribiste
ni una letra, acá han llegado
de tu modo de vivir
noticias que han asombrado...

JUAN. ¡Nada feo!

BEATR. ¡No!... Es decir,
pecado tras de pecado.

JUAN. Beatriz, al pasado, olvido.

BEATR. No quise yo recordar;
tú fuiste quien lo ha querido,
y ahora...

JUAN. Ahora te pido.

que me dejes olvidar.
Sálvame tú.

BEATR. Bien quisiera;
pero... ¡no puedo!

JUAN. ¿Por qué?

BEATR. Al pensar en ti no sé
ya rezar. Mi alma se altera
y se oscurece mi fe.
Es el prestigio del mal.
"¡Vade retro!..."

JUAN. ¡Es el amor!

BEATR. ¿Es el amor?

JUAN. Sí... ¡Valor!

BEATR. Es un poder infernal.

JUAN. Divino. Es gloria...

BEATR. Es dolor.

JUAN. Divino placer que toca
en dolor. Es la merced
suprema y la sed más loca...

BEATR. ¡Juan!

JUAN. Porque es sed de otra boca
que tiene la misma sed.

BEATR. Juan...

JUAN. Beatriz...

BEATR. Mira que no
soy yo como esas mujeres
en que tu gusto buscó
la mujer. Mira que yo
me muero si no me quieres.

JUAN. ¡Nena mía!

BEATR. Tuya... Sí.
Cuando en ser monja pensaba...
Ahora lo comprendo...

JUAN. Dí.

BEATR. Era que ya no esperaba
que te acordases de mí.

JUAN. ¡Mi vida!

BEATR. Tú, hecho a vencer,
a conseguir y a olvidar,
mira lo que vas a hacer,
que yo no puedo volver

al que acabo de dejar.
(Juan ha cortado del macizo de flores unas rosas y se las da a Beatriz.)

JUAN. Por tu rosario estas rosas
vas a cambiar.

BEATR. ¡Tan hermosas
y cortarlas!...

JUAN. No te importen:
lo mejor para las rosas
hermosas es que las corten.
Viven en el tallo un día;
en tu pecho durarán
lo que tu vida y la mía,
y siempre retoñarán
rosas de amor y alegría.

BEATR. ¡Ay!
(Al coger las rosas se pincha.)

JUAN. ¿Qué es eso? Sangre...

BEATR. Ha sido
una espina. Pero ve:
tú también estás herido.

JUAN. ¿Yo también?... No lo he sentido;
pero me alegro.

BEATR. ¿Por qué?

JUAN. Dicen que cuando se dan
alfileres entre amantes
tienen que pincharse antes;
si no, riñen... Pues serán
las espinas semejantes.

BEATR. ¿Qué haces?
(Juan le ha cogido la mano y le seca la herida con los labios.)

JUAN. Secar con el labio
esa gota de carmín.
Borrar de un beso el agravio
que te ha inferido el jardín.
Beber la vida en la palma
de tu manita divina
y sentir no ser espina
para penetrarte el alma.

BEATR. En ella siento el dolor.

JUAN. *(Recordándole el beso de que le habló y atrayéndola hacia sí.)*
¡Como aquél!...
BEATR. *(Resistiéndose débilmente.)*
No puede ser.
JUAN. *(Besándola y estrechándola contra su pecho.)*
Este es mil veces mejor,
porque es el beso de amor
de un hombre y una mujer.
BEATR. *(Desasiéndose de los brazos de Juan, llena de amor.)*
Ahora sé por qué morir
desean los que se quieren
tanto.
JUAN. Pero no se mueren.
BEATR. ¿No?...
JUAN. Porque amar es vivir.
BEATR. *(Como si oyera una voz.)*
¡Sí!... ¿Quién?
JUAN. ¡Nadie!
BEATR. ¿No has oído?
Si parecía un lamento.
JUAN. No, mi vida; es el aliento
de la noche.
BEATR. *(Dándose de pronto cuenta de que se les ha hecho de noche.)*
¡Y ha venido
sin sentirla! Adiós.
JUAN. Aún no;
espérate.
BEATR. Volverás
mañana; hoy no puedo más.
JUAN. Tu padre...
BEATR. *(Yéndose hacia la casa.)*
No. Vete, yo
te excusaré. Adiós. ¿Vendrás
mañana?
JUAN. Si no me iría...
BEATR. *(Volviendo unos pasos hacia él.)*
Pues esta noche en la reja,
¿quieres tú?

JUAN. Sí.
(La abraza.)
BEATR. Deja, deja.
(Soltándose, avergonzada, se vuelve desde la puerta de la casa para decirle:)
¿Vendrás?
JUAN. Adiós, ¡vida mía!
(Vase Beatriz.)

ESCENA VII

Juan, solo.

JUAN. Se me esfumó la monjita
¡tan bonita!
Más hermosa
es que el rosario la rosa.
Pero... ¡cómo lo dejó
olvidado!
Ni pensó
en pedírmelo... ¿Es pecado
un beso? Claro que no.
Pero ¿adónde vamos? Yo
no sé adónde... Por supuesto,
prenda amada,
a la gloria. Pero esto
¿no era nada?,
¿no era nada?
(Se queda pensativo contemplando el rosario que tiene en la mano.)

ESCENA VIII

Juan. Elvira. vestida de amazona, por el primer rompimiento de la izquierda.

ELVIRA. Juan.
JUAN. ¿Quién me llama?
ELVIRA. Soy yo.

JUAN. *(Extrañado y sorprendido.)*
¡Elvira!...
ELVIRA. Sí. Ayer me has visto
sin conocerme.
JUAN. ¿Eras tú
la que ayer cruzó conmigo
del brazo de aquel señor
extranjero?
ELVIRA. ¡Eh! No... (¡Dios mío!)
Sí, yo era.
JUAN. *(Contrariado.)*
¿En qué ugar
me buscas?
ELVIRA. No elijo sitio.
Ni ahora ni nunca sabrías
de mí a no haber sucedido
algo horrible que me obliga
a buscarte. Sin respiro
ni descanso hace tres horas
que desalada te sigo.
Fuí a tu casa; desde allí
a Los Espartales; dijo
el guarda que aquí venías,
y aquí tras de ti he venido.
Es necesario que sepas...
¿Qué me miras?...
JUAN. *(Que la ha contemplado con extrañeza y curiosidad.)*
Ante el tipo
de esa perfecta elegancia
internacional, vacilo
en conocer a la dulce
macarenilla que ha sido...
ELVIRA. Para algo grave, muy grave...
JUAN. ¡Qué cara!...
ELVIRA. Te necesito.
JUAN. Dispuesto me tienes siempre,
y por muy olvidadizo
que tú me creas, no puedo
negar mi deuda contigo,
ni quiero.

ELVIRA. Nada me debes.
JUAN. ¿Nada?
ELVIRA. No, vive tranquilo.
Otros pagaron por ti,
y con creces.
JUAN. ¡Me das frío!
ELVIRA. La fidelidad, virtud
de perro.
JUAN. *(Movimiento de asombro y disgusto.)*
¡...!
ELVIRA. Tú me lo has dicho
una vez. Pero, en fin... oye.
JUAN. *(Con creciente interés y curiosidad.)*
Sí, cuenta, dime. Es preciso
que yo sepa... ¡Si no salgo
de mi asombro! ¿Tú has podido
cambiar así? Entonces... dime...
ELVIRA. No hay tiempo ahora.
JUAN. Lo exijo.
ELVIRA. Cuando tú me abandonaste...
JUAN. ¿Qué hiciste luego?
ELVIRA. He caído,
pero ¿qué te importa? Luego...
Sólo como señorito
curioso conoces tú
el hampa. Yo la he vivido.
Por milagro duró poco
la bohemia; abrió camino
la guerra a mis ambiciones.
Hice fortuna. El prestigio
de esta maldita belleza
me ayudó. Estuve al servicio
de unos y otros, como espía.
Por mi causa se han perdido
batallas... o se han ganado.
JUAN. *(Contemplándola asombrado y como desconociéndola.)*
¡Elvira!
ELVIRA. ¿Pues no es lo mismo?
Jugué la vida y salí
rica, indemne y con un título

casada.

JUAN. ¿El que anoche iba...?

ELVIRA. Sí, sí. El que viste conmigo.

JUAN. ¿Es noble?

ELVIRA. Es... Era.

JUAN. ¿Que era?
¿Pues?

ELVIRA. Ha muerto.

JUAN. ¿Cuándo?

ELVIRA. Hoy mismo.
Por eso vengo a buscarte;
no cuento más que contigo,
y yo necesito huír
a todo trance.

JUAN. *(Con ansiedad y asombro.)*
¿Qué has dicho?
¿Huír... porque él haya muerto?

ELVIRA. Se ha suicidado de un tiro
en la cabeza.

JUAN. ¡Oh!

ELVIRA. El arma
era segura y sin ruido.
Ni una queja, ni...

JUAN. ¿A qué hora
ocurrió?

ELVIRA. Sobre las cinco.
Nos levantábamos tarde
y casi siempre salíamos
a caballo...

JUAN. *(Mirándola fijamente.)*
Hay que volver
allá.

ELVIRA. ¡¡Jamás!!

JUAN. Ahora mismo.
¿No comprendes, insensata,
que si huyes?...
(Una sospecha terrible le asalta.)
Tú no me has dicho
la verdad.
(Cogiendo la mano de Elvira.)

ELVIRA. Yo...

JUAN. La verdad,
y toda.
ELVIRA. Suelta. Yo he sido
quien le mató.
JUAN. *(Asombrado y atónito.)*
¿Tú?
ELVIRA. Sí. El era
un aventurero indigno
que me explotaba; un engaño
su fortuna, otro su título.
Porque me negué a seguirle
de hoy más, de cólera lívido,
me pegó y me amenazó
de muerte. Yo, en un descuido,
le arrebaté la pistola
y lo he matado de un tiro
en la sien. No me arrepiento,
él hubiera hecho conmigo
igual. Era un duelo a muerte
nuestra unión. El ha caído.
JUAN. *(Mirándola, sin salir de su asombro.)*
¡Imposible! Y esos ojos
están secos y en el brillo
de esa mirada no asoma
dolor ni miedo. ¿Quién hizo
de ti esta mujer que no
conozco y me aterra? Dilo.
¿He sido yo?
ELVIRA. No, la vida;
tú me pusiste en camino.
JUAN. ¡Pero llora, llora, al menos!...
ELVIRA. ¡Llorar!... Sólo tú me has visto
llorar una vez: ¡la última
y la primera! Suspiros
y lágrimas, ¿de qué valen?
Dinero es lo que preciso
yo ahora.
JUAN. Tómalo. ¿Qué harás?
ELVIRA. Al patrón de un vaporcillo
compraré, y en pocas horas
me alejaré del peligro.

Un puerto de Portugal
o Argelia me dará asilo,
y de allí, a París, en donde
tengo fortuna y amigos
que me oculten mientras pasan
del juez los primeros ímpetus.
Adiós. Y gracias.

JUAN. Espera.
Yo tengo un yate en el río.
El capitán es de toda
mi confianza, y sumiso
a mi orden te llevará
donde quieras ahora mismo.

ELVIRA. ¿Tú no comprendes que eso
te complica en mi delito?

JUAN. ¿Qué te importa, soy yo ahora
quien te dice?

ELVIRA. Yo he pedido
dinero, que es lo que puedo
devolverte. El sacrificio
de lo que no he de pagar
ni lo espero ni lo admito.

JUAN. Orgullo, fiereza...

ELVIRA. ¡No!
Te conozco: tú me has visto
otra y quieres conquistar
a esa otra.

JUAN. ¡Yo!

ELVIRA. Es tu oficio.
Hace un momento tenías
comenzado un nuevo idilio,
y ya lo arriesgas.

JUAN. ¿Tú sabes?...

ELVIRA. Por esa verja os he visto.
Don Juan y la monja. El cuadro
era bello, pero antiguo.
Gana me dió de gritarle
quién eres. Pero es lo mismo;
que pague como otras muchas
su pasión o su capricho.

JUAN. ¿La odias también?

ELVIRA. No me importa.
JUAN. ¿Y en mí no ves?...
ELVIRA. El ridículo
recuerdo de una inocencia
que hoy ni siquiera concibo.
JUAN. ¿Nunca me quisiste?
ELVIRA. No
es tiempo de discutirlo.
(Aparece Beatriz tras la reja de su ventana iluminada y escucha oculta el fin de la escena.)
Pero lo que fué y no es
como si no hubiera sido.
Adiós, tengo prisa.
JUAN. Aguarda
un momento.
(Acercándose a Elvira y cogiéndola por la mano.)
¿Y nuestro hijo?
ELVIRA. Murió.
JUAN. ¿Murió?
ELVIRA. ¿Eso te apena,
Juan? ¿Y si hubiera vivido?
Déjame marchar.
JUAN. Elvira,
en el fondo de ese abismo
de maldad ¿no queda nada
de aquella luz que yo he visto
bajo mis ojos un día?
ELVIRA. Tú soñabas, Juan.
JUAN. Te miro
con miedo.
ELVIRA. Sí; tú querías
contemplar tu rostro lindo
en mis ojos, y en mis ojos
no hay nada tuyo.
JUAN. Algo mío
veo en ellos.
ELVIRA. ¿Qué?
JUAN. No sé.
Quizás tu crimen.
¿Has dicho

que vas a París?

ELVIRA. Si llego.

JUAN. ¿Qué harás allí?

ELVIRA. ¡Oh!, el destino
dirá: ventura, aventura
y libertad.

JUAN. *(Casi con espanto, haciendo una última apelación a la conciencia y a los sentimientos de Elvira.)*
¡Inaudito!
¿No te abrumará el recuerdo
de estas horas?

ELVIRA. *(Con cínica lealtad.)*
Si te digo
la verdad, vas a gritar
de asombro.

JUAN. No. Te adivino.
¡Me das horror! Vete.

ELVIRA. Adiós.

JUAN. Espera... Me voy contigo.
(Se va con Elvira. Beatriz, tras de la reja, muestra su desolación sin poder gritar siquiera.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Juan. La acción pasa en París.

ESCENA I

Juan, solo, examinando el bolso de *Elvira,* que está sobre la mesa, y de donde va sacando los objetos que indica el texto.

JUAN. Aquí de mi doña Elvira
quedó el carmín olvidado,
y en su marquito dorado,
el espejo en que lo mira.
Y en un dije, una pintura

en marfil, bajo cristal:
su retrato en miniatura...
Y un perfume...
Y un puñal,
entre joyel y juguete...
¡Bien buído
tiene el agudo estilete!...
El pomo de oro bruñido...
Quede donde yo lo vea.
De este superfluo equipaje
puede que esta joya sea
sólo prenda de viaje.
¿Y estos ojos?—ya no hay nada
de aquella luz que yo vi,
pobre Elvira, en tu mirada—
¿por qué me miran así?
¡Y estos labios que padecen
la pena del beso frío
y aun en pintura parecen
escupir un nombre: el mío!...
¡Odio y desdén! Esta boca,
¿sólo es fuente que envenena
la misma sed que provoca?...
¿O, acaso—dura condena—
acepta ya el sacrificio
de aplacar la sed ajena
sin sed? ¡Santidad del vicio!
(Pausa.)
¿Amor? No. ¿Piedad? No sé.
Aun en mi mano tenía,
¡qué ironía!,
un rosario que pagué
con rosas; y todavía
entre el aroma, vagaba,
del jardín, súplica y queja,
una voz que me llamaba:
"¡Juan, esta noche en la reja!"
cuando tú me apareciste
como brota una figura
de un mal sueño blanca y triste,
con tu crimen, hosca y dura.

En tu mano
sangre había,
y la noche de verano,
como una ráfaga fría,
cruzó tu voz: "Aquí estoy,
mírame bien", y en mi pecho
se heló mi aliento: "Yo soy,
Juan, la mujer que tú has hecho."
Luego... el jardín se alejaba,
y, por el campo sombrío
yo al par de ti, cabalgaba.
Después nos llevaba el río.
Hoy en París (¡cómo suena
lejos, su rumor gregario
y cerca del fluír del Sena!)
contigo y tan solitario,
recuerdo el París de un día
en que, orgulloso y triunfante,
en tus ojos me veía,
¡oh, espejo que yo tenía
y el odio trocó en diamante!

ESCENA II

Juan, Pablo, criado.

PABLO. ¿Da su permiso, señor?
(En la puerta.)
JUAN. ¿Quién me llama? Ah, sí... Adelante
(Entra Pablo y entrega a Juan una tarjeta.)
Esteban Larios, pintor.
(Leyendo.)
¡Esteban! Pase al instante.
(Vase Pablo.)

ESCENA III

Juan y, a poco, *Esteban*, que permanece en la puerta.

JUAN. ¡En París y en esta casa!
Es extraño.

ESTE. Juan.
JUAN. Esteban,
¿cómo tú aquí?
ESTE. ¿Debo darte
la mano?
JUAN. Acaso no debas.
Pero, siéntate. Pareces
fatigado.
ESTE. No; contesta,
te lo suplico: ¿Y Beatriz?
JUAN. ¡Beatriz!
(Con gran asombro.)
No sé nada de ella.
ESTE. Juan, amigos, casi hermanos
hemos sido... No me mientas.
Todo lo sé.
JUAN. ¿Todo? Dime
por caridad lo que sepas.
Pero antes, aguarda.
(Se levanta y cierra la puerta.)
Ahora
siéntate a mi lado, y cuenta.
ESTE. ¿Quieres oír de mis labios
tu aventura?
JUAN. Sí.
ESTE. Pues sea,
te complaceré. Al siguiente
día de la tarde aquella
en que nos vimos, Sevilla
tuvo escándalo y tragedia.
JUAN. ¿Tragedia?
ESTE. El asesinato
de Fedowiski. Malas lenguas,
al saberse que del crimen
la autora presunta era
Elvira, tu antigua novia,
que huyó, sin que nadie pueda
decir por dónde ni cuándo,
coincidiendo con tu ausencia,
con mil extrañas historias
dieron pábulo a sospechas

de que otras lenguas peores,
es decir, más verdaderas,
te libraron.

JUAN. ¿Cómo?

ESTE. Fuiste
de melodrama a novela
romántica en pocas horas.
La fama fué justiciera.
¡Cómplice don Juan de un crimen!
Nunca. Raptor de doncellas,
ya era otra cosa... Y se supo
la verdad. De puño y letra
de Beatriz, en su aposento
vacío, sobre su mesa,
la mañana de aquel día
se encontró esta carta. Léela.
(Le entrega una carta.)

JUAN. ¡Una carta! Dame. "Parto
con Juan. Que nadie pretenda
buscarnos. Yo volveré
con él, o nunca."

ESTE. ¿Más pruebas?

JUAN. ¡Inaudito!

ESTE. Don Gonzalo
puso, entre llanto y blasfemia,
el grito en el cielo. "Yo,
personaje de tragedia
a mis años", repetía,
"pintorcito, ¡qué vergüenza!"
Fuimos al río. Tu yate
ya no estaba allí. Las señas
eran claras. Y a Sanlúcar
—ya más de las doce eran—
don Gonzalo y yo corrimos,
el pobre Lear de opereta
y el pintor de musarañas,
en auto, quemando leguas.
En Sanlúcar, a las dos,
y en tu casa, por Mairena,
tu administrador, tuvimos
noticias de ti y aun cierta

huella de tu paso vimos.
Con él arreglando cuentas
estuviste aquella noche.
¿Es cierto?

JUAN. Cierto.

ESTE. Y las prendas
trocaste de cazador
por otras.

JUAN. Sí.

ESTE. En tu chaqueta,
y en un bolsillo (perdona
la policíaca faena,
el traje estaba a la vista,
¡tan a la mano! en su percha),
hallamos este rosario.
¿Es de Beatriz?

JUAN. Sí.

ESTE. ¿Más pruebas?

JUAN. Prosigue.

ESTE. Ya queda poco
que contar. Orden expresa
diste a Mairena de hacer
giro a tu nombre y a esta
tu casa en París, dejando
transcurrir semana y media.
¿Es verdad?

JUAN. Sí.

ESTE. Aquella noche,
o a la madrugada...

JUAN. Era
entrado el día...

ESTE. Tu yate
surcaría el mar sin huellas.
Don Gonzalo y yo a Sevilla
volvimos. El, con su pena
por apenarse, cayó
enfermo. No hubo manera
de aplacarlo y todavía
me temo que a París venga.
Ahora...

JUAN. Es verdad cuanto has dicho

y nada de lo que piensas.
Porque ni Beatriz está
conmigo...

ESTE. ¡Juan!...

JUAN. Ni ella era
quien de Sevilla a Sanlúcar,
para tomar de Marsella
el camino (añade un trozo
a tu cinta de cinema)
iba conmigo. No fuí
el don Juan de mi leyenda,
ni ha sido justa la fama
para mí, sino benévola.
Elvira y yo por el río
huímos la noche aquella
de la tarde en que pintabas
a Beatriz.

ESTE. Mas estas letras...

JUAN. Son de Beatriz, pero mienten.

ESTE. ¿Y este rosario?

JUAN. Es de ella
también. Lo cambió por rosas
de su jardín.

ESTE. Pero...

JUAN. Esteban,
busca a Beatriz. Por su carta
extraña, absurda, sospecha
tengo de que está en París.
Búscala.

ESTE. Mas ¿dónde?

JUAN. Vuela,
pregunta, indaga. En Neuilly,
por su tía, acaso tengas
noticias suyas. Y escribe
a don Gonzalo; que sepa
la verdad. Yo hablé de amores
a Beatriz y hasta en su reja
cita con ella tenía;
pero, ¡por mi madre muerta
te lo juro!, ni yo he sido

su raptor, ni su honra ofensa
sufrió de mí.

ESTE. Juan, perdona
si tan marcada apariencia...

JUAN. Lo comprendo. La locura
anduvo en Sevilla suelta...

ESTE. Y en horas que parecían
tan plácidas y serenas.

JUAN. La locura es como el aire,
siempre alentamos en ella;
pero sólo la advertimos
cuando sopla y brama fuera.

ESTE. ¿Y dime, el crimen de Elvira?

JUAN. Lo hice mío, y no me pesa.
¿Te asombra?

ESTE. Todo un Mañara
y un Montiel, ¡quién lo dijera!,
como un vulgar delincuente
encubridor de una fea
hazaña.

JUAN. Sí. Dí a Beatriz
que no soy lo que ella piensa;
que me desprecie y me olvide,
y te ame a ti, noble Esteban.

ESTE. Ni lo sueño, Juan. No vine
como amante a pedir cuentas
a un rival; vine a pedirte
amor y piedad para ella.

JUAN. No. Que me olvide. Ya es otro
mi camino. Aunque quisiera
volver atrás no podría.
Esa mujer me encadena.

ESTE. ¿Te quiere?

JUAN. Me odia.

ESTE. Es entonces
también de don Juan tu empresa,
persigues otra conquista.

JUAN. Quizás.

ESTE. Otra fortaleza
quieres rendir, con las armas
de don Juan.

JUAN. Con otras nuevas,
porque esas armas no sirven,
quiero decir no se emplean
dos veces, pues la segunda
fracasan, fallan, se mellan.
Elvira mató el orgullo
que busca en la amada bella
espejo que lo retrate.
Narciso en la fuente seca
es más triste que Caín
errante sobre la tierra,
y más humilde.

ESTE. Don Juan
dos veces no se contempla
es el mismo espejo.

JUAN. Y eso
le salva; mas ¡si lo intenta!...
Hoy cerca de Elvira siento
que hasta la llama se hiela
de mi juventud.

ESTE. No sigas,
porque escucharte me apena.
Mi consejo: si no tienes
vocación de santo, déjala.

JUAN. Ya es tarde.

ESTE. Dame los brazos
(Lo abraza.)
y mírame. Tu cabeza,
aunque sin seso, es hermosa.
Si tú me lo permitieras
te retrataba ahora mismo.

JUAN. Siempre igual... Ella se acerca.

ESTE. Me voy.

JUAN. Mas vuelve esta tarde.

ESTE. Así lo haré.

JUAN. Adiós, Esteban.
(Esteban vase, saludando a Elvira, que ha aparecido en la puerta.)

ESCENA IV

Juan y Elvira.

ELVIRA. Juan...
JUAN. Elvira.
ELVIRA. Adiós.
JUAN. Adiós...
ELVIRA. ¿Estás malo?
JUAN. No.
ELVIRA. Yo debo
llegar a Londres mañana.
JUAN. ¿Y volverás?
ELVIRA. No... Si vuelvo,
será por muy pocos días.
JUAN. ¿No hay remedio?
ELVIRA. No hay remedio.
JUAN. Pues, adiós...
ELVIRA. Adiós...
JUAN. ¡Elvira!
ELVIRA. ¿Amigos?
JUAN. Amigos; pero...
ELVIRA. ¿Qué quieres?
JUAN. Nada. ¿Te vas
esta misma tarde?
ELVIRA. Dentro
de pocas horas; mas antes
—se me olvidaba—, el dinero
que me diste, y que no ha sido
preciso.
JUAN. Guárdalo.
ELVIRA. Bueno:
dinero y salud. Ahora,
para hacer el don perfecto,
librarme de la presencia
del acreedor y...
JUAN. No quiero
que emprendas ese viaje.
¿Entiendes?
ELVIRA. El salvamento
tiene un límite: la orilla;

tú ya me has puesto en terreno
firme para mí. Tu obra
se terminó. Separemos
con lealtad dos vidas que
unió el engaño un momento.

JUAN. ¿El engaño?

ELVIRA. No pretendas
saber más que yo. Derecho
no tienes a penetrar
donde yo misma no puedo.

JUAN. ¿No puedes?

ELVIRA. No.

JUAN. Pero un día
—¿qué hiciste con el recuerdo,
Elvira?—, un día en mis brazos
yo sentí temblar tu pecho
de amor.

ELVIRA. ¿De amor? Pero ¿cómo
sabes que era amor aquello?
¿Amor? Yo no sé qué era
lo que perdí sin tenerlo.
Tú amaste como el que mata,
y algo en mí quedó ya muerto
para siempre, para ti
y para todos.

JUAN. Tras ello,
vida, corazón, fortuna
y nombre, todo lo arriesgo.
¿Es esto amor, otro amor
distinto? ¿Arrepentimiento?
¿Asombro del mal causado?
¿Sed de conquista? ¿Despecho
de verte ajena y lejana
de mí? ¿Piedad del tremendo
dolor que ha secado en ti
toda ternura?... No puedo
explicarte bien lo que
para mí mismo es tan nuevo.

ELVIRA. Es tarde. Yo no podría
dar más de lo que me dieron.

Lo que fué tuyo y de tantos
después...

JUAN. ¡Elvira!

ELVIRA. El deseo
es mi esclavo. Yo en los otros
lo provoco, no lo siento.
Para mí no es un peligro;
es un arma. En este duelo
de mi vida con la vida
he de esgrimir cuantas tengo.

JUAN. Pero si yo no te hablo
de ese amor, ¿qué piensas?, quiero
un alma que no fué mía,
es verdad, pero ha de serlo.

ELVIRA. No existe ya.

JUAN. Yo he de verla
brillar en tus ojos negros
o he de morir...
¿No comprendes
que lo di todo por eso
cuando manchada de sangre
tu mano en mi mano he puesto?
Escucha, Elvira. Yo he sido
malo contigo. No intento
disculparme. Así se mata,
es verdad, pero el deseo
es así: mata de frío
o de calor, cerca o lejos.
No pensé en tu amor; amé
por los dos. Cuando el incendio
se apagó borró tu imagen;
murió la luz con el fuego;
fuí malo contigo, Elvira,
es verdad; pero ahora quiero,
necesito devolverte
en bien el mal que te he hecho.

ELVIRA. ¡Devuélveme a nuestro hijo!

JUAN. Tal vez porque era algo nuestro
lo dejaste tú morir...

ELVIRA. *(Mirando fríamente a Juan.)*
¡Tal vez...!

JUAN. No. Sería horrendo.
¿Y hoy me lo pides?
ELVIRA. Yo no
te pido nada. Te muestro
que no es posible volver
en bien el mal.
JUAN. Probaremos.
A mí me ha bastado verte
mala para hacerme bueno.
ELVIRA. ¿Pero qué quieres?
JUAN. Salvarte;
que la ternura a tu pecho
vuelva, y la risa a tus labios,
y el llanto a tus ojos; quiero
que las flores a ser flores
vuelvan para ti, y el cielo
esperanza y el camino
de la vida llano y bueno.
ELVIRA. ¡Quítale la sal al mar!
JUAN. Tales milagros se hicieron.
ELVIRA. ¡Vuelve atrás el río!...
JUAN. Nada
es imposible queriendo.
ELVIRA. Los santos...
JUAN. Vamos a ver:
¿qué es preciso para ello?
Ante todo renunciar
a ese viaje.
ELVIRA. No puedo.
JUAN. ¿Qué necesitas? Soy rico
más que imaginas y tengo
realizada casi toda
mi fortuna. Te la ofrezco
para que sin restricción
la dilapides; haremos
tu vida, tu vida, Elvira,
donde quieras.
ELVIRA. El dinero
me es indiferente y lo
que necesito poseo;
me gusta ganarlo y

nada me importa tenerlo.

JUAN. Mi nombre es ilustre. Nada
lo manchó aún; el proceso
de Sevilla no me encarta.
Cómplice y aun verdadero
autor de tu crimen, nadie
en mí pensó: ¡oh jueces rectos!,
como siempre, es una cosa
la verdad y otra los hechos.
Pero, en fin, así mi nombre
claro y limpio darte puedo.
Acéptalo.

ELVIRA. No.

JUAN. En memoria
del que no llegó a tenerlo...

ELVIRA. Nada hay en mí que no esté
manchado. Guarda ese bello
nombre para otra que sea
tu igual.

JUAN. A ti te lo debo.

ELVIRA. ¡Y a tantas!
A tu Beatriz,
que no debe de andar lejos.

JUAN. ¿Sabes...?

ELVIRA. Al ver al pintor,
sospeché; ¿te busca?

JUAN. Es cierto.

ELVIRA. ¡Pobrecilla! Pero cásate
con tu prima. Es lo derecho
y lo justo; no estás ya
para afanes y escarceos;
Juan, es inaudito lo
que has cambiado en poco tiempo.

JUAN. En un instante mudó
todo mi ser; ¿lo estás viendo?
Y ha sido por ti; tú eres
mi vida, fin y comienzo
de mi historia, ayer y hoy.

ELVIRA. Con un abismo por medio...

JUAN. Hay que llenarlo de amor,
borrarlo...

ELVIRA. ¿Con qué derecho
pretendes arrebatarme
la única fuerza que tengo?
JUAN. Pues vuelve a los tuyos; sacia
tu feroz resentimiento
con el mundo, en esa vida
de intriga y crímenes. Pero
no, Elvira, ¡no, Elvira! Escucha:
acaso cuando te ofrezco
ser tu marido, no entiendes
que no lo seré en efecto
si tú no quieres; te brindo
con mi nombre mi respeto.
Para salvarte, a tu lado,
y para quererte, lejos,
¡ya ves!...
ELVIRA. Es mi libertad
lo único que deseo.
JUAN. La tendrás. Aceptaré
tu vida sumiso y ciego.
Si el robo, el robo; si el crimen,
el crimen. Seré tu perro
para salvarte... o perderme
contigo, si es que te pierdo.
ELVIRA. ¿Tú harías eso?
JUAN. Lo hago
ahora mismo.
ELVIRA. No lo acepto,
y basta ya de locuras.
Adiós, Juan.
JUAN. Elvira. Un beso...
ELVIRA. Ahora, no; ahora, no. ¡Imposible!
JUAN. ¿Por qué?
ELVIRA. Porque... ¡te aborrezco!
JUAN. Mentira, mentira. ¡Y lloras!
¡Benditas lágrimas!
ELVIRA. Necio,
quien llora eres tú. ¡Si yo
no he llorado a mi hijo muerto!
JUAN. Elvira, medita a solas
mis palabras; aún es tiempo

Promete que no te irás
sin decirme adiós.

ELVIRA. Veremos...

JUAN. No. Promete.

ELVIRA. Bien. Mas...

JUAN. Calla
ahora, por Dios; pronto vuelvo.

ELVIRA. ¿Y si esa mujer viniera?

JUAN. Recíbela. A ti la entrego
también... Ya no tengo más
que darte.

ELVIRA. Pero, Juan...

JUAN. Piénsalo.

(Vase Juan.)

ESCENA V

Elvira, sola.

ELVIRA. Piénsalo, Elvira... ¡Pensar!
En vano es dar a escoger
entre ganar y perder
al que no puede jugar.
¡Qué es esto! ¿Lágrimas? ¡No!
Pero su voz encontraba
tal eco en mí, que el que hablaba
me parecía ser yo.
Y cuando Juan me decía:
"Elvira, un beso", creí
que era yo quien le pedía
el beso que no le di.

ESCENA VI

Elvira. Pablo, criado, en la puerta.

ELVIRA. ¿Qué hay, Pablo?

PABLO. Aquí una señora
pregunta por el señor.

ELVIRA. No está.

PABLO. Ha pedido el favor
de esperar.
ELVIRA. Que pase.
(Se va el criado.)

ESCENA VII

Elvira, sola.

ELVIRA. Ahora
ella... ¡Y se lo llevará!...
Pero qué importa, si es firme
mi resolución. Sí, irme,
irme; pero ¿dónde?
(Al aparecer Beatriz en la puerta.)
¡Ah!... ¡Ya!

ESCENA VIII

Elvira y *Beatriz.*

BEATR. Señora, digo...
ELVIRA. Señora,
puede usted decir.
BEATR. ¿No está
don Juan de Mañara?
ELVIRA. Ahora
salió.
BEATR. Pero volverá.
ELVIRA. Yo le haría la visita,
pero he de cambiar de traje
para viajar.
BEATR. ¿Un viaje...
largo?
ELVIRA. No.
BEATR. ¿Sola?
ELVIRA. Solita.
¿Le extraña a usted?
BEATR. No me extraña
en quien ya puede tener
el hábito...

ELVIRA. Una mujer
no viaja sola en España;
pero aquí...
BEATR. Y allí.
ELVIRA. Si es grave
el motivo, claro está.
Usted lo dice, ¿verdad?,
por experiencia...
BEATR. ¡Quién sabe!
ELVIRA. Pero siempre es peligrosa
la hermosura.
BEATR. ¿Para quién?
ELVIRA. Para ella.
BEATR. Y para él también,
si además es venenosa.
ELVIRA. ¿Para él?
BEATR. Claro, usted sugiere
que el peligro puede ser
un hombre.
ELVIRA. Y de usted se infiere
que el peligro es la mujer.
Comprendido. (Es orgullosa,
y como pocas bonita.)
BEATR. Comprendido. (Tan hermosa,
tan elegante, ¡maldita!)
Y, si no es indiscreción,
ese viaje, señora,
¿cuándo?
ELVIRA. Dentro de una hora
a Londres, en avión.
BEATR. Todo estriba en no pensar
que se pudiera caer.
ELVIRA. O en pensarlo y no tener
gran deseo de llegar.
BEATR. Pero una vez en camino...
ELVIRA. ¡Oh!, en el aire...
BEATR. Mas, con todo,
camino.
ELVIRA. De cualquier modo,
siempre se cumple el destino.
BEATR. No es mal consuelo al que no

puede ir a un sitio cualquiera...
ELVIRA. ¿Cómo?
BEATR. Por si allí le espera
la cuenta que no pagó.
ELVIRA. Pero, pagando...
BEATR. No está
el pagar en cierta gente,
sino huír.
ELVIRA. ¿Piensa usted?
BEATR. ¡Bah!
y ¿no es verdad?
ELVIRA. Evidente.
BEATR. Pero la estoy deteniendo
y, si ha de marchar, es llano
que el rato que está perdiendo
conmigo...
ELVIRA. Al revés, lo gano.
Hablaba usted de fatales
mujeres.
BEATR. Sí, que envenenan
la vida.
ELVIRA. Hay otras que llenan
la suya en vano de males.
BEATR. ¿Ah, por ejemplo?
ELVIRA. La niña
que deja su casa y tierra
y se lanza en una guerra,
pongamos en una riña,
de celos y se propasa
con peligro de su nombre
hasta visitar al hombre
que quiere en su propia casa.
BEATR. Y si esa niña ha querido
a ese hombre hasta enloquecer,
y arrancarlo ha decidido
de brazos de otra mujer,
y está dispuesta a matar,
y está dispuesta a morir...
ELVIRA. Es más mérito el dejar
que el conseguir.
BEATR. Eso responde quien puede

estar de todo cansada,
hastiada. El amor no cede.

ELVIRA. De eso hay quien no sabe nada,
pobre niña.

BEATR. Pobre, no,
ni niña...

ELVIRA. Aplaque su brío.
Lo que usted busca y es mío
no puedo tenerlo yo.
¡No cede el amor!... ¿Qué haría
usted por él? ¿Sustentarlo
con su sangre noche y día?
¿Velar su sueño?
¿Adorarlo?
¿Darle la vida, arrojarse
a un abismo, disputar
su cariño al fuego, al mar;
morir, matar y matarse?
¿Ser su mujer, su querida,
su esclava, lo que él quisiera,
creer en lo que él creyera,
santa por él o perdida?...
¿Ser su almohada, su espejo,
su sombra, un objeto suyo?
Pues yo hago más: yo lo dejo,
yo—como usted dice—, huyo.

BEATR. Pero, Elvira...

ELVIRA. Nombres, no.

BEATR. La realidad...

ELVIRA. Mentiría.
No soy lo que usted creyó,
ni sabe usted todavía
quién soy yo.
Y basta, que él va a venir.
Usted lo tiene que ver,
y yo tengo que partir.

BEATR. Pero...

ELVIRA. Para no volver.

BEATR. ¿Dónde?... Perdone, que yo
estoy sospechando que
no va donde dice.

ELVIRA. No;
pero ¿qué le importa a usted?
Y no vaya a decir nada
a Juan, que verme aún espera.
Adiós; por la vez primera
falto a una palabra dada
que él acaso olvidará.
BEATR. Espérelo.
ELVIRA. No conviene.
Mientras usted lo entretiene,
yo estaré muy lejos ya.
Y, si acaso, en un primero
movimiento, ¡qué sé yo!...
le pregunta si lo quiero,
respóndale usted que no.
BEATR. No sé mentir.
ELVIRA. Yo lo haría
en su caso.
BEATR. Yo no sé
pero...
ELVIRA. Si yo fuera usted,
nadie me lo quitaría.
BEATR. Nadie ni nada.
ELVIRA. Mejor.
Séquese usted esos ojos
que de llorar están rojos.
El llega... valor... ¡valor!
(Vase Elvira.)

ESCENA IX

Beatriz y *Juan.*

JUAN. Beatriz.
BEATR. Aquí estoy. ¿Te extraña
hoy en París mi visita?
Lo comprendo. Nuestra cita
fué hace ya tiempo, en España
y en mi reja.
JUAN. ¿Qué locura
te trae aquí?

BEATR. Juan, perdona
si importuno, y tu aventura
con cierta brava amazona
vengo a complicar.

JUAN. Mas di,
¿tú sabes?

BEATR. Lo que escuché
en mi casa; lo que vi
y algo más: todo lo sé.
Con ella por el sombrío
campo te vi cabalgar
hasta la orilla del río.
Quise y no pude gritar.
Aquella noche, encerrada
en mi cuarto, repetía
tu nombre. A la madrugada
ya estará a salvo, decía.
Cuando el sueño me rindió
era yo quien navegaba
en sueños contigo, yo
contigo en el mar estaba.
Fué que al soñar la memoria
pasó del jardín al mar
aquella infantil historia
que me hiciste recordar,
o era, quizás, que latía
de mi sueño en el encanto
el mar, porque me sabía
a mar la sal de mi llanto.
Cuando desperté—ya era
un incendio en mi ventana
el sol, y en mi cabecera
sobre unas rosas de grana—
salté del lecho y corrí
al espejo para verme,
y en el espejo me vi
desnuda, sin conocerme.
La del hábito morado
y el cabello recogido
—pensaba—¡cuánto ha cambiado!
o acaso ¡cuánto ha mentido!

Unas palabras de amor
y una noche de amargura
hicieron la humilde flor
trocarse en fruta madura.
No lloré mi soledad;
la mañana nuevo empeño
dictaba a mi voluntad.
El llanto quedó en mi sueño,
y sólo en mi corazón
un deseo de buscarte
sin tregua, la decisión
de ir a París a esperarte.
Pensé: por el río Juan
todos supondrán que ha huido,
pues en el río verán
cómo su barco ha partido.
"Huyo con Juan", escribí.

JUAN. Fué locura.

BEATR. No, mentira
útil a los tres. A ti,
que ya en el mar con Elvira
estabas, como raptor
te buscaron por el río
en vano. Salvé tu honor...

JUAN. ¡Beatriz!

BEATR. A costa del mío.
Util a Elvira que, así,
nadie en tu barco podía
suponerla ya, y a mí,
que en el tren, el mismo día,
sin que nadie lo estorbara,
cruzar pude España entera
sin un mal velo en la cara,
camino de la frontera.

JUAN. ¿Mas hasta hoy...?

BEATR. Mi viaje
fué de Sevilla a Neuilly,
donde seguro hospedaje
mi tía me ha dado. Allí
viví hasta hoy.

JUAN. Niña mía,

loca y santa, con la pena
de escucharte y la alegría
de verte a salvo se llena
de un extraño sentimiento
mi pecho hasta rebosar,
y es todo al cabo el tormento
de no poderlo expresar.
Mira, Beatriz, yo no soy
quien tú piensas, yo he mentido
aquella tarde, yo estoy
atado a un crimen, unido
a un triste ayer. Mi pasado
un día me apareció
y en un espejo manchado
de sangre me he visto. Yo
era malo, y ni sabía,
Beatriz, que el mal existiera;
yo era deforme y creía
ser bello y galán; yo era
viejo como el vicio, viejo
como el crimen, y buscaba
mi juventud en mi espejo;
yo valiente me soñaba
y solo al verme he temblado;
que es tanta mi cobardía,
Beatriz, que vivo asustado
de mi propia compañía.
Esa mujer... Tú la viste
cuando la trajo el azar
a tu jardín, tú la oíste
cínicamente contar
su crimen la tarde aquélla
y aun ahora...

BEATR. Esa mujer
tan hermosa...
(Cogiendo el retrato que está sobre la mesa.)

JUAN. ¡Oh, no tan bella
como tú! Tenía ayer
un alma.

BEATR. Que se perdió
por tu culpa, ¿verdad?

JUAN. Sí.
BEATR. De la mía pienso yo
que la he ganado por ti.
(Arroja el retrato que tenía en la mano.)
¿Y ella te ama?
JUAN. Me aborrece.
BEATR. ¿Y tú?...
JUAN. Yo...
BEATR. Dí la verdad.
En tus palabras parece
que no todo es caridad.
JUAN. Piedad por la flor cogida
a mi árbol de primavera
que es hoy su fruta podrida.
BEATR. ¿De esa mujer altanera,
impasible, fría y dura
te apiadas? ¿No le has pagado
tu deuda con harta usura?
La salvaste.
JUAN. La he salvado,
mas no de ella misma.
BEATR. Mientes,
Juan.
JUAN. ¡Beatriz!
BEATR. Tú amas a Elvira,
y es sólo amor lo que sientes
por ella. ¿Piedad? Mentira.
Tal como es te enamora;
al ver el vicio en su cara
la encuentras más seductora,
y por su crimen más rara,
de más precio; tiene el mal
su prestigio. Si te apena
mirarte en ese cristal,
arrójalo; si es cadena,
¿por qué no la rompes, dí?
JUAN. Beatriz, ni yo puedo ver
tan claro y tan hondo en mí,
ni tú puedes comprender...
BEATR. Tú no imaginas tampoco
de lo que yo soy capaz;

un cariño santo o loco,
como tú lo quieras. Haz
la prueba. Yo no me asusto
de nada, Juan, y lo que
no sepa lo aprenderé
como esclava de tu gusto.
Si hay locura en la ternura
de tu cariño, ¡mejor!;
dicen que la sal de amor
es un poco de locura;
que amor, para ser felices
en su inmensidad, precisa
como el campo los matices
mil de que el verde se irisa.
Pues yo seré mala, buena,
reservada, ardiente, fría,
dulce para tu alegría,
alegre para tu pena,
perversa, inocente, loca,
sencilla o ataviada,
y hasta pintaré mi boca
si la prefieres pintada.
Seré otra a cada momento
y hasta donde sueñes ya
antes que tu pensamiento
mi cariño llegará.

JUAN. Beatriz, loca, ciega llama
de juventud, nueva hoguera
y otra vez florida rama
de mi árbol de primavera,
¡Dios te bendiga! Mas huye
de mí, despréciame, olvida...

BEATR. No, Juan.

JUAN. Que otra vez afluye
a mi corazón la vida...

BEATR. ¿Verdad?

JUAN. Y la vida es mala,
Beatriz, engaña, atormenta
y envenena y apuñala;
la vida es turbia y violenta.
Huye de ella, huye de mí.

BEATR. ¿Huír? Yo no soy cobarde,
Juan, como tú, y no mentí;
yo soy toda para ti,
toda, desde aquella tarde.
Si me quieres encerrada
en donde nadie me vea
seré feliz; si lanzada
en el ambiente que sea,
respiraré alegremente,
contenta con que me mires,
con tal que sea ese ambiente
el aire que tú respires.
Y si hastiado de placeres
gozas en hacer sufrir
y quieres pegarme y quieres
herirme, puedes herir
sin miedo; la sangre mía
es tan tuya, que al verterla,
sin poder ya contenerla
toda hacia ti correría.
Yo no sé lo que te ha dado
esa mujer; pero hay modo
de darte más. Lo sé todo,
porque todo lo he soñado.
Todo, mi Juan; ¿y tú no
soñaste nunca conmigo,
así como yo te digo,
muy juntos, muy juntos?...

JUAN. Yo
también soñé; pero ahora
en tus brazos, no es soñar,
sino vivir y gozar
nueva vida, nueva aurora.

BEATR. ¿No me engañas, Juan? Promete,
júrame...

JUAN. Beatriz, si miento,
si te engaño o me arrepiento...
Toma este agudo estilete...
(Cogiendo el puñal que está sobre la mesa.)

BEATR. ¿Es de Elvira?

JUAN. Es para ti;
guárdalo. Sin compasión...
(Entregando el puñal a Beatriz.)
BEATR. ¿Qué piensas, Juan? Nunca.
JUAN. Sí,
húndelo en mi corazón.

ESCENA X

Esteban. Pablo, dentro, tratando de detenerlo.

ESTE. Me urge verlo.
PABLO. Avisaré.
ESTE. *(Entrando.)*
No es preciso. Juan...
JUAN. *(Con extrañeza.)*
¡Esteban!
ESTE. *(A Beatriz.)*
Beatriz... Al fin... Dios te guarde.
(A Juan.)
Escucha: acabo de verla.
JUAN. ¿A Elvira?
ESTE. A Elvira. Buscando
a Beatriz me hallé con ella.
JUAN. ¿En dónde?
ESTE. En la Prefectura
de Policía.
JUAN. ¿Está presa?
ESTE. Detenida. Ha confesado
su delito; ella se entrega.
JUAN. ¡Imposible!
ESTE. Y ha de ser
conducida a la frontera,
mañana.
JUAN. ¿Ella sola? ¡Nunca!
Mío es su crimen.
ESTE. ¿Qué intentas?
JUAN. Seguirla, acusarme.
ESTE. ¡Loco!
JUAN. Corro a buscarla.
BEATR. ¡Y me dejas!

¡Juan, por la Virgen del Carmen!
¿Dónde vas?
(Queriendo detenerlo.)

JUAN. *(Rechazándola violento.)*
¡No me detengas,
mujer!

BEATR. ¿Con Elvira?

JUAN. Sí.

BEATR. Nunca. Antes muerto que de ella.
(Le hiere.)

ESTE. ¿Qué has hecho, ciega?

BEATR. Matar
y matarme.
(Tratando de clavarse el puñal.)

ESTE. *(Quitándole el puñal.)*
¡Loca!... Suelta...
¿Esa herida?
(Volviéndose con ansiedad hacia Juan.)

JUAN. Nada... Un poco
de sangre... Adiós.
(Andando vacilante.)

ESTE. *(Deteniéndole.)*
¡Qué demencia!

BEATR. *(Al verle caer en un sillón.)*
¡Juan!

JUAN. No puedo... Pero ha sido
tu mano poco certera.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto.

ESCENA I

Doña Casilda, Don Gonzalo, Don Gil, Esteban, Pedro el jardinero y *Un pobre.*

POBRE. *(Desde la verja.)*
¡Ave María!

PEDRO. Señora...
CASIL. El jubileo no cesa.
PEDRO. ¿Quién?
POBRE. ¡Paz! ¡Una limosnita
por amor de Dios!
CASIL. Con ésta,
si no se me pasa alguna,
son hoy cincuenta.
GONZA. "Sin cuenta",
hermana, no hay que contar.
La caridad no tantea.
No debe saber tu mano...
¿Verdad, don Gil?
GIL. Tal vez fuera
mejor fijar una hora...
Las Sociedades benéficas...
PEDRO. *(Al pobre.)*
Tú, ¿qué aguardas?
POBRE. Si me diese
usté una rosita de ésas...
PEDRO. ¿Qué dices?
POBRE. Escuche usté:
tengo una chiquilla enferma
y...
PEDRO. Eso es otra cosa; toma
y vete, no me arrepienta.
(Vase el pobre.)
¿Ha visto usté, señorito?

ESCENA II

Dichos, menos el pobre.

ESTE. No ha estado mala la escena.
Si esto no pasa en Sevilla
no hay donde pase en la tierra.
GONZA. Nada, hermana; Juan ha dicho:
todo el que llegue a esa puerta
a pedir una limosna,
que no se vaya sin ella.

¿Quién es el guapo que no
le obedece?

CASIL. Y si no fuera
más que eso... Pero, padre,
es que él los busca, se mezcla
con lo más desarrapado
de Sevilla. Se dijera
que, entre los pobres, prefiere
a los de peor ralea:
mujeres que han sido malas,
hombres que han tenido cuentas
con la justicia, en fin, gente
que une el vicio a la pobreza.

GIL. ¡Doble desgracia!

CASIL. Y no sólo
los socorre, sino alterna
con ellos y toma a pecho
sus enredos y miserias,
entretanto que descuida
salud, familia y hacienda.

GIL. Vamos, vamos...

CASIL. No; si yo
no aseguro que no sea
muy bueno; pero él pretende
ejercer a su manera
la caridad, y yo veo
algo en eso de soberbia.

GIL. Poco a poco, mi señora
doña Casilda; no sea
que por pedir demasiado
se enoje Dios. En conciencia,
no nos podemos quejar
de don Juan. Yo, sí, quisiera
que su celo obrase con...
con menos independencia.

CASIL. Exacto.

GIL. La caridad,
la piedad, tienen sus reglas,
en efecto, que él aún
desconoce; el saber llega
siempre al final; contentémonos

con una voluntad buena
y santa.

CASIL. ¡Don Gil!

GIL. Por santo
lo tiene Sevilla entera.

CASIL. ¡Cierta gente!

GIL. Voz del pueblo...

CASIL. Tiene usted muy alta idea
de Juan.

GIL. Y fundada; soy
su confesor.

CASIL. ¡Ah! ¿Confiesa?

GIL. Esta mañana, sin ir
más lejos. Pero ¿qué piensa
usted? El cumple con creces
sus deberes. Nuestra Iglesia
le debe más beneficios
que a otro feligrés cualquiera.

CASIL. ¿Sí?

GIL. Sí.

GONZA. Mi sobrino y yerno
está en la segunda época
de los santos. El será
tan bueno como antes era
malo—si malo se llama
a tener mala cabeza—,
rematadamente bueno.

GIL. Su padre...

GONZA. ¡Qué diferencia!
Su padre, ¡bah! Pero el hijo
es una cosa muy seria.

GIL. Sin duda, nuestro don Juan
vió la muerte muy de cerca
por la permisión divina,
cuando la caída aquella
de París.

GONZA. O herida o golpe,
nunca supe a ciencia cierta.

GIL. Y al volver a nueva vida
volvió cambiado.

GONZA. *(A Esteban.)*

¿Qué piensas
tú? Aquí estamos en familia,
y tú formas parte de ella,
si no por sangre, que no
siempre es la mejor cadena,
por una amistad antigua
y firme. Tu padre era
como mi hermano. Habla, pues,
sin reparo y sin reserva,
¿qué dices?

ESTE. Digo que a éste
no ha sido una calavera
quien lo convirtió; acuciado
de inquietudes más modernas,
fué la conquista de un alma
quien lo apartó de la tierra.
Hízose el milagro, sí;
pero no ha sido la horrenda
visión de la podredumbre
carnal la dura maestra,
como en otros casos. Digna
de don Juan al fin la empresa
de regenerar un alma,
conquista la más excelsa,
se le ofreció y como no
se conquistan con majezas
las almas ni con desplantes
y locuras donjuanescas,
a una piedad infinita
y a una caridad sin tregua
se abrió la suya, y así
la rara aventura nueva
hizo de don Juan..., San Juan,
con perdón.

GIL. Acaso es cierta
tu teoría, hijo, y admira
de Dios la sublime ciencia
para atraer hacia sí
sus criaturas predilectas.
¡Con qué prodigios los capta,
por qué caminos los lleva!

GONZA. Pintorcito, pintorcito,
amigo de sutilezas,
eterno comprendedor,
tu reino no es de esta tierra
tampoco.

ESTE. ¿Qué quiere usted?
Pinto lo que pinto en ella.
Mi sino es ver, y en los ojos
pongo el alma, la belleza
admiro donde los otros
no logran acaso verla.
Después de todo, las cosas
más bonitas y más buenas
son de todos, y no hay nadie
que acapararlas pretenda.
Esta tarde deliciosa,
el sol, la luna, la estrella,
a la par en ese cielo
incopiable, ¿quién se adueña
de esto? ¿De quién es? De todos,
de nadie, del que lo vea.
Conque el caso es ver, querido
don Gonzalo.

GONZA. Pero cuenta
que ver más de lo que hay es
otro modo de ceguera.

ESTE. De la conversión de Juan
no me niegue la perfecta
verdad. ¡Admirable!

GIL. El vino
harto cambiado.

GONZA. De tema.
Ayer, loco del pecado;
ahora, de la penitencia.

CASIL. Apenas llegó, aún enfermo,
ya quiso que lo prendieran
como cómplice del crimen
de aquella mujer funesta.

ESTE. ¿Funesta?

CASIL. ¿Pues no?

ESTE. No sé.

Acaso usted no recuerda
que ansiosa de expiación
a la justicia fué ella
quien se entregó. En el proceso
declaró de tal manera
contra sí misma, que si
no fuese la historia negra
del marido y la eximente
de legítima defensa
que se desprendía clara
de los hechos, y las pruebas
que aportaron los vecinos
del mal trato y la violencia
de aquel hombre, ella estaría
aún por muchos años presa.

GONZA. Pero Juan...

ESTE. Juan pretendió,
por ley de conciencia estrecha,
echar sobre sí la culpa
del crimen. Pero ella, absuelta,
le hizo ver que para él
ahora el caso de conciencia
era Beatriz, cuya fama,
por su sacrificio en lenguas,
peligraba. Y así todo
acabó como debiera
acabar.

GONZA. ¿Y Elvira ha vuelto
a verle?

ESTE. No, que yo sepa.
Parece que al extranjero
partió y en lejanas tierras
vive, honrada, respetada
y admirada.

GONZA. ¿También ella?

ESTE. Dicen que, de cuando en cuando,
pasa por Sevilla y deja
un rastro de beneficios
y caridades, estela
en que la mente del vulgo
ha tejido su leyenda.

CASIL. Juan se casó con Beatriz
como era lógico y era
justo, después de que por
salvarle se perdió ella.
ESTE. Eso he dicho.
CASIL. Pero...
GONZA. Calla.
No te molestes, Esteban.
En mi familia las cosas
nunca ocurren de manera
normal. Aquí siempre hay algo
de poesía o de novela...
ESTE. No se queje. ¡Cuántas vidas
se consumen en la espera
de que llamen esas cosas
alguna vez a la puerta!
GONZA. Pintorcito, desengáñate,
toda nuestra vida—deja
las complicaciones—sólo
en tres cuestiones se encierra.
ESTE. ¿Tres?
GONZA. ¿A ver si sabes otra?
ESTE. ¿Y son?
GONZA. Cuestión de pesetas;
cosas de hombres y mujeres;
y la sabida sentencia
cartuja: "morir habemos",
que es de las tres la más negra.
Todos los dramas y todos
los sainetes y tragedias
que tú imagines cabrán
dentro de esas tres ideas.
GIL. Perdone usted, don Gonzalo,
pero me falta entre ellas
una noción, la más pura,
la más noble y más excelsa:
hay otra vida.
GONZA. Conformes;
pero me refiero a ésta.
ESTE. *(Mirando el reloj.)*
El sol está en su derecho

de irse. Y Juan no viene. Queda
para mañana el retrato...
Para mañana...

GONZA. ¿En qué piensas?

ESTE. En un mañana, querido
don Gonzalo, que pudiera
no llegar.

GONZA. Cállate. No
me asustes. ¿Tan mal lo encuentras?
¿Tú sabes lo que sería
para Beatriz?

ESTE. ¿También ella
teme?

GONZA. Y todos... Sólo él
no parece darse cuenta
de su estado.

GIL. No parece...
(Como el que está en el secreto.)
En fin, hasta luego. Esteban,
voy contigo. He de llegar
un instantito a la iglesia,
y vuelvo; Juan me ha rogado
que antes de las ocho venga
a hablar con él.

GONZA ¿Juan?

GIL. Sí.

GONZA. Bien.
¡Pedro!...

PEDRO. Señor.

GONZA. La cancela.

(Pedro, el jardinero, acompaña a don Gil y a Esteban; les abre la cancela y vuelve. Doña Casilda se va también.)

ESCENA III

Don Gonzalo, Beatriz, Pedro.

BEATR. ¿Quién ha entrado?

GONZA. Nadie entró;

es que acaban de marcharse
don Gil y Esteban.

BEATR. ¿Y Juan
no ha venido?

GONZA. No.

BEATR. ¡Tan tarde!

GONZA. No es tarde, mujer...

BEATR. Sí. Anda,
Pedro, asómate a la calle
a ver si viene tu amo.
Si me pareció escucharle.

GONZA. Soñaba el ciego...

BEATR. Soñaba...

GONZA. ¿Qué tienes tú?

BEATR. Nada, padre.
¿Viene?

PEDRO. No.

BEATR. Si habrá pasado
algo...

PEDRO. No puede pasarle
nada malo. Es mucho hombre,
y a más... tiene quien lo guarde.

GONZA. ¿Qué dices?

PEDRO. Que yo también
tuve ese miedo, de antes,
al principio... Y una noche
—pero, ¡por Dios y su Madre!,
que él no se entere—me fuí
siguiéndole hasta una calle
y una casa donde ni
de día entraría nadie
seguro. Allá por la Caba.

GONZA. Buena gente.

PEDRO. Regulares
nada más. Estuve un rato
como en ascuas, esperándole,
cuando lo veo salir,
rodeado de un enjambre
de hombres, mujeres y niños,
bendiciéndole y besándole
las manos. Hasta los hombres

lloraban como chavales,
y se querían echar
a sus pies, acompañarle
después; pero él dijo: "No",
y tuvieron que quedarse.

BEATR. ¿Tuvieron?
PEDRO. ¡Pues claro está!
Cuando él manda, ¿chista nadie?
Desde entonces comprendí
que al que quisiera tocarle
así, al pelo de la ropa,
ya tenía lo bastante.
Pero ¿quién va a querer mal
a ese santo, que es el padre
de los pobres y, además,
el barbián de los barbianes?
Toda Sevilla lo adora,
todo el mundo, chico y grande.
BEATR. Pero un accidente...
PEDRO. Nada.
GONZA. ¡Hombre!
PEDRO. A mí no hay quien me gane
a quererle, y ya ve usté:
tan tranquilo. Hay quien le guarde
de todo.
BEATR. Pero ¿qué quieres
decir?
PEDRO A mí no me caben
en la cabeza las cosas
que a veces nos dice el padre
don Gil; pero esto lo he visto
yo, y no me lo niega nadie.
BEATR. ¿Qué?
PEDRO. Esa criatura del cielo
que entra a veces donde él sale
y va siguiendo sus pasos
sin que él mismo se percate.
GONZA. ¿Y tú la has visto?
PEDRO. La he visto
con estos ojos mortales.
GONZA. ¡Bah! Será alguna señora

que anda haciendo caridades,
como él, entre los pobres.

PEDRO. ¡Una señora! ¡Y muy grande!
Aquí mismo la vi un día,
junto de aquellos rosales.
Era entre dos luces. Ella
llevaba su propio traje,
el mismo, el de siempre, y un
escapulario colgante.
Era morena y bonita,
tenía un mirar tan suave,
que abría las flores a punto
de que iban a cerrarse.
Yo quise acercarme a ella,
con las rodillas temblándome,
que se querían doblar.
naturalmente. Al mirarme
se puso un dedo en los labios
e hizo un silencio tan grande,
que se podía escuchar
el corazón de la tarde.
Hasta el agua de la pila
se calló, y al levantarme
del suelo, donde por fin
di de bruces... no había nadie.
Ella ya no estaba... ¡Pero
se conocía en el aire!

GONZA. ¿Y tú quién piensas que fuese
esa mujer..., ese ángel?...

PEDRO. ¡Quién ha de ser, señorita,
sino la Virgen del Carmen,
patrona de los valientes
en la tierra y en los mares,
la que vela por don Juan
con el cuidao de una madre!

BEATR. Dios te oiga. Pero, Pedro,
¿no lo ves desmejorarse
por días?

GONZA. No tanto, nena.
¿Verdad, Pedro?

BEATR. Por instantes.

PEDRO. De eso ya no digo nada,
que a los buenos y a los grandes
a veces los llama Dios
cuando aquí más falta hacen.
Místelo por dónde viene
el mejor de los mortales.
(Al aparecer Juan, don Gonzalo lo contempla con tristeza y se aleja con Pedro.)

ESCENA IV

Juan, que entra distraído. *Beatriz*.

BEATR. Juan.
JUAN. ¡Ah!... Beatriz, niña mía.
BEATR. Ya es hora de que te vea.
JUAN. ¿Celosa?
BEATR. Sí; de otro modo
y más de lo que tú piensas.
JUAN. Beatriz, siéntate a mi lado.
(Se sienta, disimulando su fatiga.)
BEATR. ¿Estás cansado?
JUAN. No. Aquella
fatiga pasó; me encuentro
bien. Hasta correr pudiera
por el jardín, y aun trepar
como de niño—¿recuerdas?—
por esa palmera arriba.
Ya ves: hoy todo me alegra.
BEATR. ¿Hasta el verme?
JUAN. Sobre todo
el verte, Beatriz, tan bella.
BEATR. ¿Galante?
JUAN. ¡Quién lo diría!
¿Verdad?
BEATR. Cuando galantea
el santo será también
caridad o penitencia.
(Juan queda un momento pensativo.)
JUAN. Oye: ¿celosa dijiste?
¿De qué?

BEATR. De tu vida entera,
Juan, de esa vida tan tuya
que ni aun en sueños me llega.
JUAN. ¿Tan lejos estoy de ti?
BEATR. Tanto como las estrellas.
Tú, bueno; yo, pecadora;
humilde, tú; yo, soberbia;
tú, amando a todos, de todos
compasivo y en fraterna
piedad encendido; yo,
para el dolor sorda y ciega,
si ese dolor no es el tuyo.
Dime la verdad: ¿qué piensas
de mí? ¿Soy mala? ¿En el fondo
de tu alma, me desprecias?
JUAN. No, Beatriz. Dame tu mano,
y escúchame. Si no hubiera
mal en el mundo, y brotara
la vida limpia y serena,
de fuente pura, sería
toda compasión superflua,
calumnia del claro espejo
de Dios, y el amor que engendra
en la carne, único amor,
vivir, la virtud suprema.
¿Quién de tus brazos entonces
el cerco y la flor bermeja
de tus labios dejaría
por cuanto la gloria encierra?
Pero hay mal, dolor y muerte.
Quien piensa en ellos no sueña,
Beatriz. Yo me he visto el alma
a la luz de otra conciencia,
y vi que era turbia. Yo
me he asomado al alma ajena,
y porque luz me faltaba
sólo vi sombras en ella.
Existe el mal, qúe es el odio;
la vida humana es pelea
contra el mal: el que llevamos
dentro y el que vemos fuera.

Existe el dolor, que al hombre
impone Naturaleza
sólo por haber nacido
de sus entrañas de piedra.
Pena sin culpa; mal hace
quien no la alivia o consuela.
Y hay la muerte; sobre todo
la muerte, que nos espera,
nos sigue y nos acompaña;
sólo Dios puede vencerla.
Sin el milagro divino,
sin Dios, la derrota es cierta.
No hay caridad sin amor,
te dije la tarde aquélla.
¿Recuerdas, Beatriz? Hoy digo:
no vive el amor, lo sueña
quien ama sin Dios; amores
sin caridad son quimeras.

BEATR. Y así este amor, Juan, el mío
—tú me lo dices—, la ciega
pasión ardiente, celosa
que tú despertaste, era
amor de muerte; Dios mismo
que nos unió nos condena
a separarnos.

JUAN. Beatriz,
¡nunca!

BEATR. Porque a ti te espera
Dios, porque hacia Dios caminas
y cada día te alejas
más de mí. Por compasión
hacia este amor de la tierra,
o por gratitud, ¡quién sabe!,
a la última rosa abierta
en tu jardín, cuando ya
las rosas no te recrean;
sumiso a leyes del mundo,
tan vanas como severas,
o por justicia, que paga
al César lo que es del César,
me hiciste tu esposa. Juan,

todo por Dios... y por esa
mujer.

JUAN. ¿Por Elvira?

BEATR. Sí.
Elvira de tu alma es dueña;
yo tengo lo que ella quiso
que tú, piadoso, me dieras.
Elvira...

JUAN. Nunca la veo,
te juro.

BEATR. Aunque no la veas,
contigo, tarde o temprano,
estará; lejos o cerca,
su cita es sólo contigo.
Ella lo sabe y te espera.
Por eso dije: celosa
y más de lo que sospechas;
celosa sin esperanza...
(Pausa.)
Oye la verdad entera:
me siento vencida; sé
que su odio tuvo más fuerza
que mi amor; ella ha triunfado,
porque fué la más perversa
de las dos.

JUAN. Elvira supo
perdonar.

BEATR. Juan, no lo creas.
Elvira ha matado al hombre
que odiaba, al que yo quisiera
resucitar en mis brazos.
Su venganza fué completa.

JUAN. Venganza...

BEATR. Del que ella amó,
y con amor de la tierra
vuestra historia, que es tragedia
antigua. De vuestro amor
nació un hijo. ¿No recuerdas
cuando aquella tarde tú

me dijiste: "Beatriz, deja
que olvide"?

JUAN. Sí.

BEATR. Tú querías
dar al olvido lo que ella
no pudo olvidar, no quiso
perdonar. Elvira lleva
vuestro hijo muerto en el alma,
trocado en rencor, que hiela
cuanto toca. En ese espejo
te miraste y quedó yerta
allí tu imagen. Así
murió el hombre que tú eras.
Yo quise salvarlo; yo
te seguí, celosa y terca,
para decirte: Juan, mira,
soy mujer, soy joven, bella
y amante, la vida misma,
que nunca de sí reniega,
y soy para ti, en mis ojos
orgulloso te contempla,
héroe del amor; por ti
dejé hogar, honor, iglesia,
padre y Dios, y aun renegado
de mi salvación hubiera.
Llegué tarde. Juan, perdona
si mis palabras te apenan.
(Mirando a Juan.)

JUAN. ¡Beatriz!

BEATR. ¿Qué tienes?

JUAN. ¡Oh..., nada;
habla, sigue, que yo sepa
toda la verdad!

BEATR. Tu mano
está febril.

JUAN. No lo creas.
Dí, Beatriz, si aquella noche
de nuestra cita en tu reja...

BEATR. ¿En mi reja? Yo en mi alcoba
te esperaba.

JUAN. Y si yo hubiera

seguido siendo el que fuí,
el que domina y desprecia
a la mujer: el que busca
el amor, y si lo encuentra
lo aparta, porque imagina
obstáculo a su carrera
hacia el amor imposible,
el pobre amor que se entrega;
si para ti hubiera sido,
Beatriz, lo que fuí para ella,
¿me hubieras tú perdonado?

BEATR. ¡Perdonar! Poca es tu ciencia
de amor. Perdonarte, nunca;
quererte, siempre; en tu senda
flor arrancada mejor
que fruta helada en tu huerta.

JUAN. Beatriz, tú tampoco sabes
perdonar. No. Te atormenta
que nuestro lecho haya sido
estéril.

BEATR. ¡Verdad plebeya
del amor! ¡Cuánto más sabia
que su verdad, su inocencia!
No, Juan; el amor no quiere
ser más que amor. En la tierra
sobran padres, y los hijos
hasta sin amor se engendran.
Aquella noche eras tú
no más que el amor.

JUAN. Espera;
pronto serás libre.

BEATR. No;
mucho te engañas si piensas
que yo quiero ser dichosa
sin ti; la mujer se entrega
una vez, en una hora
de libertad, que es eterna.
Contigo, contigo siempre;
sálvame, Juan, que yo pueda
salvarme y salvar conmigo
al hombre que tú condenas.

Juan, el amor no es un sueño.
JUAN. Beatriz, tus palabras entran
en mi corazón con filo
de verdad. Vivir quisiera,
¡ay!, que la vida es un río
más turbio cuanto más cerca
del mar; pero lleva el agua
de la fuente en que naciera.
Malhaya quien esa fuente
calumnia: la vida es buena.

ESCENA V

Juan, Beatriz, Elvira.

BEATR. ¡Usted!
ELVIRA. Yo.
BEATR. ¿Cómo ha llegado
hasta aquí? ¿Con qué permiso
cruzó la verja?
ELVIRA. Dios quiso
que abierta la haya encontrado.
JUAN. Elvira.
ELVIRA. Juan.
BEATR. Que estoy yo
presente.
ELVIRA. He entrado por eso.
BEATR. ¿Ha venido a verme?
ELVIRA. No.
BEATR. ¿Pues a qué?
ELVIRA. A darle a él un beso.
BEATR. ¡Un beso! Juan, ¿está loca
esta mujer?
JUAN. No lo está.
¿No estás viendo que no hay ya
casi labios en su boca?
BEATR. No. Su osadía es inmensa.
¡Llora de amor!
ELVIRA. De amor lloro.
BEATR. ¿Usted lo quiere?
ELVIRA. Lo adoro,

pero no como usted piensa.
Adoro al que me salvó
del mal y el crimen, al hombre
que vida, fortuna y nombre
por redimirme arriesgó.
Es verdad, yo no acepté,
porque era el único modo
que de pagarle encontré
cuando él me lo daba todo.
Y usted conoce de sobra
que nada vengo a pedirle;
pero tengo que decirle:
Juan, aquí tienes tu obra.
Estas lágrimas que ves
son puras... Perdón... Concluyo.
Déjame bañar tus pies
en este llanto, que es tuyo.
No se enoje; es más que amor
lo que hasta aquí me ha traído.
De rodillas he venido,
peregrina del dolor,
porque...

JUAN. Calla.

ELVIRA. Ella lo quiere.

JUAN. Escucha, querida amiga,
escucha.
(A Beatriz.)

BEATR. No. Diga, diga,
¿por qué?

ELVIRA. Porque Jnan se muere.

BEATR. ¡Eh! ¿Qué dice?

JUAN. La verdad.

BEATR. No. Mientes, mientes, infame.
¡Fuera! No aguardes que llame
a los criados.

JUAN. Piedad,
Beatriz.

BEATR. ¿Acaso la tiene
de mí, cuando a verte llega
y sólo la muerte alega
para entrar?

JUAN. Es que Ella viene.
BEATR. No, mi Juan, yo estoy aquí
llena de amor y de vida
para ti.
JUAN. Nena querida,
no te apartes ya de mí.
Y tú, Elvira.
BEATR. Elvira, no.
ELVIRA. Yo me iré.
JUAN. Tú no te irás
tampoco.
BEATR. Pues yo.
JUAN. No más.
BEATR. ¡Juan!
JUAN. El que parte soy yo.
Silencio. Yo os quiero dar
algo de este bien sublime
que siento.
BEATR. ¿Qué tienes, dime?
JUAN. Morir es resucitar
a una cosa tan hermosa,
tan magnífica. No quiero
que lloréis. Dame una rosa
del rosal que yo prefiero,
Beatriz, de las que cambié
un día por tu rosario.
Elvira, tu escapulario
acerca y lo besaré.
BEATR. Al pecho llevas el mío.
(Al buscar el escapulario ve con horror que tiene la herida abierta.)
¿Qué es esto? ¿La herida abierta?
JUAN. Bendita sea la puerta
abierta en el mar al río.
BEATR. Tu vida...
JUAN. Estaba perdida...
Desde el nacer al morir,
lo que llamamos vivir
es ir perdiendo la vida.
Sólo un modo hay de ganarla,
y es juzgarla sin temor

y sin esperanza: darla
entera por el amor.

BEATR. Pero el amor para mí
eres tú, tú solamente,
mi Juan de mi vida, vente;
yo he de salvarte.

JUAN. No; aquí
aguardo; andar no podría.
Pero otra senda, cuán bella,
abre a mi paso sin huella
su misteriosa alegría.

BEATR. ¡Padre! ¡Don Gil! ¡Pedro!
(Llamando, asustada.)

PEDRO. ¿Qué,
señora?

BEATR. ¡Avise, Dios mío!
¿Y usted, qué hace?
(A Elvira.)

ELVIRA. Confío
en Dios y en él.

BEATR. ¿Y no ve
que se muere?

ELVIRA. Aún no.

JUAN. Escuchad.
(Se oye a lo lejos un alegre repique de campanas y algo más cerca, pero también confusamente, el principio de un pregón de flores.)

VOZ. Un jardín llevo en el brazo...

JUAN. Qué hermosura es este abrazo
de la noche a la ciudad.
(Delirando.)
Era la tarde: una niña
se colgaba de mi cuello,
y la noche y la campiña
se fundían. ¿Qué es aquello?...
Ahora una mujer me llama.
Es en vano.
Después hay sangre en su mano;
después me ofrece una rama
de laurel.

BEATR. ¡Juan!

ELVIRA. Escucha su delirio.
JUAN. Y una palma de martirio.
BEATR. Escucha.
ELVIRA. Dios habla en él.

ESCENA VI

Dichos. Llegan *Don Gonzalo, Esteban, Don Gil* y *Doña Casilda*, y gente del pueblo.

CASIL. ¡Oh!
GONZA. ¡Beatriz!
ESTE. ¿Qué es esto, Juan?
¡Un médico!...
CASIL. ¡El confesor!...
JUAN. ¡Adiós, padre! ¡Adiós, pintor!
¿Y los otros, dónde están?
MADRE. Yo le venía a traer
a mi hijo, el que él ha salvado
esta mañana, y saber
cómo estaba.
PEDRO. *(Indignado.)*
Se ha matado
por vosotros.
MUJER. ¡No nos dejes
sin nuestro amparo, Señor!
OTRA.. Virgen, tú que lo proteges.
OTRA. ¡Madre del Carmen, favor!
POBRE. ¡A la gloria de Sevilla!
OTRO. ¡Al padre, al santo!
GIL. Callad.
Quietos, doblad la rodilla.
MADRE. ¡Dios lo bendiga!
GIL. Rezad,
rezad.
JUAN. Aunque apenas late
mi pecho, aun deciros puedo:
quiero que mi muerte mate
por siempre a morir el miedo.
Vivir es santo deber;
pero en la vida no está

lo que sólo puede ser
más allá.
Elvira, Beatriz, os veo
juntas; las dos en la ola
de esta luz sois una sola.
Oídme, creedme...

ELVIRA. Creo.
Juan, bendice a tu criatura.

BEATR. No me dejes, no; contigo
llévame.

JUAN. Yo te bendigo,
Elvira. ¡Cuánta hermosura
en el camino de Dios!
Beatriz, ven, para que veas...
Tu mano, venid las dos.

BEATR. ¡Las dos, no!

JUAN. Bendita seas
tú también.

GIL. Al crucifijo
vaya tu último deseo.

JUAN. Señor...

GIL. ¡Tú crees, crees, hijo!
(Mostrándole el crucifijo.)

JUAN. Padre mío, creo y veo...
(Muere.)

GIL. ¡Oh santa muerte!

ESTE. ¡Cuán bella!

BEATR. *(A Elvira, que se levanta y empieza a alejarse.)*
¿Dónde vas?

ELVIRA. Ya no está aquí.
Paso. Yo sigo su huella.
(Se va y mientras se aleja todos la contemplan con asombro.)

PEDRO. Miradla, miradla. ¡Es ella!

GONZA. ¡Beatriz, hija mía!

BEATR. ¡Sí!...
¡No me lo arrebatarán;
está aquí; no, no se ha ido!
Soy yo, Juan. Está dormido...
¡Juan! ¡Juan! No me oye. ¡¡Juan!!

TELÓN

PARA LEER

J.-H. ROSNY JNE.

DE LA ACADEMÍA GONCOURT

LA CORTESANA APASIONADA

NOVELA DEL LUJO
Y DE LA VOLUPTUOSIDAD
PÁRISINOS

4 PESETAS